

Leo J. Trese

DIOS NECESITA DE TI



morgan

Este libro pertenece a una biblioteca circulante, no puede venderse, alquilarse o imprimirse.

© 2010 Morgan Editores

INDICE
POR QUE LEER
POR QUE ESTOY AQUÍ
LA REALIDAD DEL PECADO
EL PECADO MORTAL
UN PASO ADELANTE
ALGO INEVITABLE
¿COMO ES EL CIELO?
ASI ES EL INFIERNO
«GRACIAS, DIOS MIO,
CONFESIONES APRESURADAS Y
«¡VEN AMI!»
LO QUE SOLO TU PUEDES DECIR
¿COMO REZAS?
VALOR Y COMPASION
GUARDIAN DE MI HERMANO
¿QUE HACES POR CRISTO?
COMO MUERE UN CRISTIANO

Capítulo I

POR QUE LEER

¿Cuántas veces al día piensas en Dios? Es de esperar que por lo menos una, al hacer cada mañana tu ofrecimiento de obras. Tal vez, también, pienses en Dios una o dos veces más si vives cerca de una iglesia cuyas campanas repican a la hora del Angelus, o pasas por delante de algún templo. Ahora bien, ¿crees que basta con eso?

Nuestros pensamientos suelen dirigirse con frecuencia a aquellas personas a las que amamos. Su imagen o su recuerdo se abre paso fácilmente en nuestra mente, por muy ocupados que estemos. Si estás casado o casada, ¿cuántas veces piensas en tu mujer o en tu marido? Si eres padre o madre, ¿cómo vas a olvidarte de tus hijos?

Lo más probable es que ni siquiera puedas contar el número de veces que piensas en ellos. Y si estás enamorado, pensar en la persona amada es algo tan dominante y tan fuerte, que hasta puede apartarte de tus ocupaciones. ¿No es extraño, pues, que Dios ocupe tan poco lugar en tus pensamientos? Porque El es un Ser infinitamente amable, el único capaz de satisfacer plenamente las ansias de amor del corazón humano...

Aceptamos, sí, esta verdad con nuestra mente. Sabemos que debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, sobre todas las cosas, y le decimos, a veces, que le amamos así. Pero, luego, transcurre la jornada sin que nos acordemos de El. Hay un abismo entre lo que decimos y lo que hacemos.

Esta divergencia entre la teoría y la práctica resulta aún más asombrosa si consideramos que amar a Dios es lo más importante que podemos hacer en nuestra vida, porque El es la razón de ser de mi existencia. Me ha creado porque quiere tenerme a su lado eternamente, tan estrechamente unido a El,

que esa unión provocará en mí un éxtasis de inenarrable felicidad. Tras unos cuantos años de lo que llamamos vida en este mundo —y que pasarán como un relámpago—, se iniciará una auténtica vida junto a Dios, siempre que me haya preparado para ella. Y la única preparación que se me pide es que, aquí y ahora, empiece a amar a Dios y vaya creciendo en ese amor. Este, y no otro, es el gran negocio, el único negocio de la existencia humana... Si un comerciante se preocupara tan poco de sus asuntos como la mayoría de nosotros de éste, no tardaría en arruinarse.

Con todo, no conviene exagerar en este punto. Sabemos que nuestro amor a Dios se mide por la manera en que nos esforzamos en guardar sus mandamientos y hacer su voluntad más que por el número de veces al día que pensamos en El. Sabemos también que ese amor a Dios se diferencia del amor humano en que, de ordinario, no afecta a nuestros sentimientos en la misma medida que éste. Normalmente, un amor humano emotivo, sensible, es más consciente, más «arrebatador», que aquel que sólo radica en la inteligencia y en la voluntad, aunque éste puede ser más sólido, más fuerte. Ahora bien, concedido todo esto, sigue siendo cierto que, generalmente, nó nos ocupamos de pensar en Dios lo suficiente.

Una causa de ello suele ser que tenemos la mente tan ocupada con las preocupaciones y los asuntos de nuestra vida ordinaria que no queda sitio para Dios. ¡Tenemos tantas cosas que hacer! ¡Queremos hacer tantas cosas!... Nos levantamos por la mañana e, incluso si rezamos nuestras oraciones, tenemos el pensamiento puesto en otras cosas... «Tengo que llamar al fontanero para que venga a desatascar ese lavabo...» «Tengo que cambiar el aceite del coche...» «Tengo que ir al Banco, a sacar dinero...» Con estos u otros pensamientos en el subconsciente, dedicamos unos minutos a Dios y luego nos

lanzamos a «la lucha diaria», hasta que, por la noche, entre bostezos, le rezamos unas oraciones, ya en pijama... Ni que decir tiene que no siempre es así, pero sí que es frecuente entre muchos cristianos.

Afortunadamente, Dios es paciente. Si ve que, a pesar de todo, hacemos razonables esfuerzos para vivir rectamente, está siempre dispuesto a esperar lo que haga falta... Con todo, no debemos abusar de la paciencia divina. Corremos el peligro de que nuestro olvido de Dios nos lleve a olvidar sus derechos. Corremos el peligro de que los asuntos del mundo nos atenacen de tal forma que le desplacen por completo y deje de influir en nuestra conducta. Dicho de otra manera: Corremos el peligro de que lo que comenzó como falta de atención a Dios termine en desobediencia, esto es, en pecado.

Incluso si nuestro descuido no llega a alcanzar el triste estadio de la desobediencia, del pecado, no deja de ser trágico que hayamos desperdiciado horas, días y años no viviendo para Dios. Porque nuestras vidas tienen que desarrollarse en un plano sobrenatural, lo cual quiere decir que, además de permanecer en estado de gracia, debemos tener la intención habitual —frecuentemente renovada— de realizar todos nuestros actos para Dios y de acuerdo con Su voluntad. Si nuestra vida tiene esa orientación sobrenatural, todo lo que hagamos, aunque sea algo tan mínimo como cambiar los pañales de un hijo o la rueda pinchada del coche, tiene valor para Dios y nos hace merecer el Cielo.

Si vivimos en unión con Dios, toda nuestra vida se convierte en oración. Nuestros deberes de estado —el trabajo, la familia, etc.— pueden hacer que Dios no esté conscientemente presente en nuestros pensamientos durante muchos momentos del día, pero siempre seguirá siendo un foco de atracción, la razón de

ser de todo lo que hagamos. Nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros actos, estarán orientados hacia El.

El que ama a Dios se entristece viendo tanta gente —y buena gente, a menudo—que viven una vida meramente natural. Son decentes, justos, buenos... Tienen una innata amabilidad, son leales y honestos, cumplen sus deberes familiares y sociales, pero no refieren a Dios nada de lo que hacen. Viven rectamente porque otro género de vida no les satisfaría. Si se les pregunta por qué obran así, suelen contestar que por sentido del deber, o por vivir dignamente... Es una auténtica tragedia que el amor a Dios esté ausente de tales vidas, porque, de esa forma, su virtud no les ayuda a merecer el Cielo; pero es mucho más trágico todavía que nosotros, que sabemos eso, disipemos nuestro caudal espiritual, día tras día. Y, sin embargo, lo hacemos siempre que, presionados por nuestros compromisos y llevados por un insensato activismo, nos olvidamos de Dios.

Eso, sin contar con el tirón hacia abajo de nuestra naturaleza caída. Porque el pecado original ha hecho que la práctica de la virtud sea una tarea ardua, difícil. Si en los asuntos humanos suelen ser pocos los que desarrollan un mismo trabajo durante mucho tiempo, sin ir cediendo lentamente en el esfuerzo, en los del espíritu tal actitud es todavía mucho más corriente. ¿Quién de nosotros no ha hecho el propósito, noble y sincero, de luchar para desarraigar un defecto o adquirir una virtud y se ha encontrado, al cabo de algún tiempo, con que estaba como al principio? Algunos, ante tales fracasos, se descorazonan y dejan de luchar, aunque saben —como nosotros sabemos— que ésa no es la respuesta. Esta consiste en rezar más y mejor, frecuentar los sacramentos, para recibir fortaleza de lo Alto, y seguir luchando sin tregua.

¿Basta con eso? Sinceramente, no, aunque ésa sea la respuesta. Porque tal vez hayamos decidido hacer eso muchas veces y, sin

embargo, no hemos perseverado... Tiene que haber, pues, «una respuesta detrás de la respuesta».

Para rezar más y mejor, para frecuentar los sacramentos y sacar provecho de ellos, es preciso que seamos capaces de entender y de apreciar en lo que valen estos canales de la gracia. Ahora bien, esa comprensión y esa valoración necesitan ser constantemente actualizadas y renovadas. Así como una mesa que no se limpia con frecuencia se va cubriendo insensiblemente de polvo, nuestro sentido sobrenatural se oscurece y se empolva si lo damos por supuesto. Es preciso, pues, que, periódicamente, reavivemos el brillo de nuestra convicción sobrenatural sobre la naturaleza y los efectos de la oración y de los sacramentos; así, nos asombraremos de su tremendo poder.

Pero necesitamos también otra cosa: renovar nuestras motivaciones, recargar nuestras baterías espirituales... Sí, necesitamos reponer la energía que nos permite escoger lo bueno en vez de lo malo, lo mejor en lugar de lo menos bueno, lo que agrada a Dios antes que lo que nos satisface. Para lograrlo, tenemos que considerar una y otra vez aquellas verdades básicas de nuestra religión que nos mueven a buscar tal progreso espiritual: el fin de nuestra vida, para qué hemos sido creados, la dicha del cielo, la malicia del pecado, el horror del infierno, la inevitable realidad de la muerte, nuestras terribles responsabilidades cuando veamos a Dios cara a cara en el juicio... Verdades todas que nos animan a seguir avanzando y que contrarrestan nuestra tendencia a «tumbarnos a la bartola». Desgraciadamente, son verdades que olvidamos con facilidad, aunque las sabemos. Yo diría que incluso, a veces, tratamos de olvidarlas deliberadamente. ¡Terrible error! Porque nuestro destino eterno pende de que permanezcan siempre vivas en nuestra mente.

Dos son, pues, nuestras necesidades gemelas: renovar constantemente nuestro aprecio por las cosas espirituales y recordar con frecuencia las verdades básicas de nuestra vida sobrenatural. Para satisfacerlas, son muy útiles los retiros, los ejercicios espirituales, etc. Sin embargo, rara vez podemos asistir a alguna de estas cosas más de una vez al año. Están también las homilias de las misas dominicales, pero suelen ser insuficientes, aunque no sea más que por su brevedad. Por eso, un católico práctico, que se toma en serio su vocación —amar a Dios sobre todas las cosas, alcanzar la santidad— debe hacer de la lectura espiritual algo habitual, algo que forme parte de su plan de vida, una práctica diaria o, por lo menos, semanal.

El objetivo de la lectura espiritual no es tanto informarse o instruirse como lograr inspiración. No se trata tanto de aumentar nuestros conocimientos —aunque quizá nos haga falta— como de renovar y actualizar lo que ya sabemos. Los anaqueles de las librerías católicas están repletos de libros que pueden dar a nuestra vida significado y orientación. Con fe, buena voluntad y el debido asesoramiento, la lectura de esos libros hará que la gracia de Dios actúe en nuestras almas. En el descubrimiento o en la revitalización de viejas verdades tal vez olvidadas, encontraremos un caudal refrescante de aguas que despertarán o avivarán nuestra sed de amor a Dios. Porque si no le amamos, pereceremos.

Capítulo II

POR QUE ESTOY AQUÍ

El director de una colosal «superproducción» está ocupado en la tarea de escoger una actriz para protagonista de la película. Está sentado frente a su mesa de trabajo, sobre la cual yacen desplegadas docenas de fotografías facilitadas por los agentes

cinematográficos. Al cabo de un rato, escoge una de ellas, la contempla detenidamente y dice a su secretaria: «Sí, éste es el tipo de mujer que necesito. Llámela y cítela aquí mañana».

Ni que decir tiene que hay una inmensa diferencia entre un director cinematográfico y Dios, entre Hollywood y el Cielo. Con todo, a través de este ejemplo —imperfecto, desde luego— podemos hacernos una idea de la razón de ser de nuestra existencia. Allá, en lo más profundo de la eternidad —hablando a lo humano—; Dios proyectó el Universo entero.y escogió a los protagonistas —todos— del gran argumento que habría de desarrollarse hasta el fin de los tiempos. Ante su divina mente fueron desfilando las fotografías de las almas —ilimitadas en número— que El podía crear. Cuando se topó con tu imagen, se detuvo y dijo: «Esta es un alma que me mueve a amarla... La necesito para que desarrolle un papel único, personal, y, luego, goce de mi presencia durante toda la eternidad... Si, la voy a crear».

Insisto en que se trata de una pobre comparación, siempre inadecuada, porque no podemos imaginarnos la forma de actuar de Dios. Con todo, corresponde de alguna manera a la realidad. Dios te ha creado porque te amaba más que a otros millones y millones de almas cuyas imágenes estaban también presentes en su mente divina. Es más, aunque las hubiese amado lo mismo, se fijó en ti porque había algo en su proyecto divino (un papel, una tarea) que nadie podía llevar a cabo mejor que tú. Por eso te escogió y te creó entre millones y millones de otras almas «posibles».

Los cristianos llamamos vocación a esta profunda convicción de que nuestras vidas tienen un propósito, un objetivo, una misión; de que hemos sido llamados a desempeñar un papel irremplazable en este mundo y somos objeto único del amor de Dios, tanto en esta vida como en la otra. Los cristianos

sabemos que le importamos a Dios personalmente; que no somos un alma más entre miles y miles de millones creadas a voleo por un Dios distraído y ausente; que le interesan todas, una a una; que nos ama con un amor intenso, personal... Casi diríamos con ansiedad.

Nuestra vocación cristiana nos impone el deber de corresponder a ese amor de Dios, de no defraudarle. Lo cumplimos cuando procuramos, día a día, hacer Su Voluntad lo mejor que podemos. Lo cual quiere decir que hacemos de esa Voluntad nuestra brújula, el norte que orienta nuestras vidas. Al escoger, al decidir, «lo que quiere Dios» se antepone siempre a «lo que quiero yo», a lo que me gusta o lo que me apetece. Esto no significa que la voluntad de Dios y la mía tengan que estar siempre en conflicto. A menudo, hacer Su Voluntad es algo sumamente atractivo. Otras veces, nuestra voluntad corresponde exactamente a lo que El mismo quiere. Pero el conflicto puede surgir, y debemos estar dispuestos a rectificar siempre que seamos conscientes de que nuestra voluntad y la Suya van por distinto camino. Será una prueba infalible de que amamos a Dios, la mejor manera de corresponder a su amor.

Este sólido anclaje en la Voluntad de Dios es lo que justifica también el que Dios nos haya escogido para realizar una tarea. Normalmente, no solemos saber cuál es esa tarea (algo que sólo nosotros podríamos hacer). Tal vez se trate de ser instrumentos de la conversión de determinadas almas, o de llevar a cabo una acción concreta o de evitar algún mal... Lo más probable es que hasta el día del juicio no sepamos cuál era el papel que nos correspondía desempeñar. Razón de más para que procuremos, día tras día, hacer la Voluntad de Dios en todo, en lo pequeño y en lo grande. No sabemos cuáles de nuestras acciones han de ser nuestra contribución exclusiva y

esencial a los planes de Dios o qué palabras nuestras son las que esperaba que pronunciásemos. Lo que sí sabemos es que debemos vivir cada jornada —y cada momento de cada día— como si ése fuese el día y el momento escogidos por Dios. Si no actuamos así, corremos el peligro de defraudarle, de no llevar a cabo aquello para lo que nos escogió. Y si defraudamos a Dios, fracasamos.

Nuestra vocación cristiana comporta serias responsabilidades, sí, pero también tiene enormes compensaciones. Una de ellas es la seguridad de que valemos mucho. Si soy importante para Dios, es que soy realmente importante. Los demás quizá no lo crean, porque tal vez yo no sea muy inteligente, ni muy hábil. Quizá me tengan por una persona mediocre, porque mi posición es modesta y mi trabajo humilde. Yo mismo tal vez me sienta inferior respecto a otros «triunfadores». Pero no debo olvidar que el dinero, la popularidad, los honores —todo aquello por lo que el mundo mide el éxito— no son para Dios más que naderías, juguetes infantiles. Más pronto o más tarde tendremos que darles de lado, si no se rompen antes.

Lo importante es que, valga mucho o valga poco, sea listo o torpe, si estoy en estado de gracia y procuro hacer la voluntad de Dios a lo largo de mi vida, hasta el acto más trivial e insignificante que realice tiene un valor eterno, imperecedero. Aunque el mundo me estime en poco, hasta un suspiro mío tiene valor para Dios. Volviendo a hablar en términos humanos, Dios me ha creado porque me necesita. Algo hay que hacer que solo yo puedo llevar a cabo. ¿Acaso hay algo más grande, más valioso, que saber que Dios me necesita? Poco importa que yo no sepa exactamente cuál es el papel que represento en los planes de Dios; me basta con saber que, a sus ojos, valgo tanto o más que esas personas a las que el mundo admira, aclama y agasaja.

Todo esto no es soberbia, ni vanidad. La soberbia consiste en declararse independiente de Dios y creer que lo que valgo de pende de mí, que es mérito mío. La vanidad, en airear «mis» dones y talentos. Tampoco es falta de humildad, porque ésta no consiste en despreciar o negar lo que Dios me ha dado. No es humildad pretender que no valgo nada, que mi vida no tiene sentido, que no se hubiera perdido nada de no haber nacido. Es verdad que separado de Dios no soy nada, no valgo nada, pero también lo es que el amor de Dios me ha engrandecido. Reconocerlo así, es hacerle justicia. Jamás debemos sucumbir a la tentación de decir: «No soy bueno, no valgo nada. Soy un fracaso...»

Tampoco debo autocompadecerme, pensar que «nadie me quiere », que a nadie le importo nada. ¡Qué triste cosa es, sabiendo lo mucho que Dios me ama, lloriquear y lamentarme porque no me quieren tanto como yo desearía! Es algo tan estúpido como la actitud del multimillonario que se lamenta porque ha perdido cinco duros en una máquina tragaperras. Los que se autocompadecen lo hacen porque les falta fe o ignoran las verdades de nuestra religión. ¡El amor que Dios nos tiene es algo tan grandioso!

De mi vocación cristiana se deriva también otra consecuencia: el abandono, el estar libre de serias preocupaciones. Si de verdad creo que Dios me ama con amor infinito —como sucede en realidad— y que quiere siempre lo mejor para mí —como es igualmente cierto—, mis preocupaciones no pueden durar mucho ni ser muy intensas. Dios es infinitamente sabio; El sabe lo que me conviene. Es infinitamente poderoso; puede llevar a cabo todo lo que quiere. Siendo así, ¿cómo voy a perjudicarme, cómo voy a salir perdiendo si trato de obrar rectamente haciendo uso de la inteligencia y la voluntad que El mismo me ha dado? Podré cometer errores, por supuesto,

porque no soy infalible. Pero de ellos Dios sacará provecho y apuntará mi misma estupidez en el «haber» de mi cuenta. Un padre que atropella con el coche a su propio hijo involuntariamente, una madre que pierde al hijo que va a nacer en un accidente, tienen que sentir una enorme pena por lo que les ha sucedido. Sin embargo, les faltaría fe si se pasaran el resto de la vida sintiéndose culpables y llenos de remordimientos. Les faltaría fe si no confiaran en que de esos errores se derivará algo bueno, porque «Dios escribe derecho con renglones torcidos».

Lo mismo puede decirse respecto a los males y miserias que nos sobrevienen a causa de la malicia de otros hombres. Dios nos ha dado una voluntad libre para que podamos amarle, porque sin libertad no puede haber amor, sólo puede haber necesidad. El amor, para ser tal, tiene que ser voluntario, «querido». Ahora bien, la libertad es un don muy peligroso; porque se puede abusar de él. Muchas personas inocentes sufren a menudo porque la mala voluntad de otras les hieren. Podríamos pensar: «¿Por qué Dios lo permite?». Al hacerlo, olvidamos que si Dios tuviera que eliminar a todas aquellas personas que, de alguna manera, causan un mal o hacen infelices a otras, hace tiempo que tú y yo no existiríamos.

Lo que no conviene olvidar nunca es que el mal que los hombres hacemos no destruye los planes de Dios, porque El es capaz de incluirlo en ellos y someterlo a Su Voluntad. El odio de los fariseos a Cristo se convirtió en instrumento de nuestra propia Redención. La crueldad de los emperadores romanos llenó el cielo de mártires gloriosos y aceleró la expansión y desarrollo de la Iglesia. De la tiranía comunista bien puede surgir una nueva civilización cristiana... Y, descendiendo a un nivel personal, la «faena» que me hicieron ayer puede redundar

en mi provecho espiritual si la asumo; de eso puedo estar seguro.

No, no cabe exagerar el amor que Dios me tiene, lo mucho que se ocupa de mí. Me quiere miles, millones de veces más que lo que yo me quiero a mí mismo. Siempre estoy presente en su pensamiento, jamás se olvida de mí. Y no es sólo mi felicidad en la otra vida lo que le interesa, aunque eso sea lo más importante. También quiere que sea feliz en ésta. Así como Jesús se compadecía de las multitudes hambrientas y obró milagros para alimentarlas, Dios se preocupa por mi felicidad aquí y ahora. Como humanos que somos —y, por tanto, limitados— no podemos dejar de sufrir de alguna manera, y de preocuparnos. Ahora bien, si estamos convencidos de que Dios nos ama y se interesa por nosotros, nunca permitiremos que el sufrimiento nos abata o las preocupaciones nos abrumen.

Dios me ama. Su amor me envuelve —permitidme que lo expresa así— como los brazos hambrientos de un enamorado. Si pierdo su amor, será únicamente porque voluntariamente le rechazo, nunca porque El deje de quererme o me rechace.

Dios me ama. Esa es la última y suprema razón de mi existencia. Sobre esta convicción, sobre esta realidad fecunda, debo construir toda mi vida espiritual.

Capítulo III

LA REALIDAD DEL PECADO

Siempre que hablo del pecado, sobre todo del pecado mortal, viene a mi mente el triste recuerdo de una tragedia que presencié un día. Un niño de unos tres años corría por el césped del jardín de su casa, perseguido por su madre. « ¡Ven aquí, Timmy, ven aquí!», gritaba ésta. «¡No atraveses el seto!». Pero Timmy no le hizo ningún caso. Traspasó el seto y sorteó

hábilmente los automóviles estacionados en la calzada, donde un coche que pasaba le lanzó por los aires. Su cuerpecillo roto fue a caer casi en brazos de su madre.

Dejando aparte el hecho de que Timmy era demasiado joven para responder de sus actos, la escena recuerda mucho la actitud de Dios con los pecadores. «¡Ven aquí, ven aquí!», grita ansiosamente, con su Gracia, cuando un alma corre hacia el pecado. Pero el pecador, ajeno a todo lo que no sea su deseo, hace oídos sordos a la voz de Dios y sale voluntariamente al encuentro de la muerte.

La estupidez es un elemento siempre presente en el pecado. Porque el pecado es un acto deliberado de desobediencia a Dios. Cuando pecamos, o bien hacemos algo que El ha prohibido, o bien nos negamos a hacer algo que El nos manda. Ignoramos, o tratamos de olvidar, que Dios ha establecido sus mandamientos para nuestro propio beneficio, no para beneficiarse El. Los mandamientos son «el seto del jardín», puesto por Dios para evitar que nos hagamos daño o se lo hagamos a los demás.

Para darse cuenta de ello, basta con imaginar cómo sería el mundo si todos guardásemos fielmente los mandamientos de la Ley de Dios. No habría crímenes, ni injusticias, ni deshonestidades, ni nacimientos ilegítimos, ni hogares rotos. Serían innecesarios los policías, las prisiones, los ejércitos y las flotas aéreas y navales. Todo el mundo viviría en paz y armonía... Ni que decir tiene que se trata de una utopía inalcanzable, porque siempre habrá hombres que escucharán la voz de su serpiente particular en su propio Paraíso: la voz de la soberbia, de la lujuria o de la avaricia. Con todo, aunque mucha gente rechace lo que Dios le ofrece para hacerle feliz, tú y yo, personalmente, podemos, cumpliendo los mandamientos, alcanzar el mayor grado de felicidad posible en esta vida. Es

esta realidad —el hecho de estar saboteando su propia felicidad— la que el pecador se niega estúpidamente a reconocer.

Cuando compramos un aparato moderno, caro y sofisticado — sea una lavadora automática, una cámara de video o un equipo de alta fidelidad—, solemos seguir escrupulosamente las instrucciones del fabricante para su uso y buen funcionamiento. Comprendemos perfectamente que quien lo ha hecho conoce la mejor manera de manejarlo. Pues bien, Dios es nuestro fabricante, nuestro Hacedor, y conoce mejor que nadie la forma cómo funcionamos. Con los Diez Mandamientos, ha puesto a nuestra disposición un «folleto de instrucciones» que nos permitirá funcionar perfectamente en esta vida, y ser felices. ¡Qué locura es pensar que conocemos mejor que Dios dónde y cómo encontrar la felicidad! ¡Qué estupidez creer que somos más listos que El! Sin embargo, el pecador suele hacer el siguiente razonamiento: «Quiero hacer tal cosa. Sé que a Dios no le agrada, pero a mí sí. ¿Por qué me va a perjudicar? Lo quiera o no lo quiera El, la haré...» Todo el mundo comprende la estupidez del automovilista que, por llegar a tiempo a una cita o por el simple hecho de correr, viola las leyes de tráfico, rebasa a otro automóvil en un cambio de rasante y se estrella contra otro que viene en dirección contraria. Pues bien, más estúpido es todavía el pecador que hace caso omiso de los Mandamientos y camina hacia una muerte segura.

El daño que se hace un pecador cuando peca es mucho más grave que el que se hace quien descuida su salud física, aunque se note menos. Tal vez un ejemplo mejor que el del automovilista sea el de una persona que maneja material radiactivo y lo hace sin protección alguna. El daño que se causa, como en el caso del pecador, tarda en hacerse patente, pero su salud está siendo minada grave e irreversiblemente,

aunque no lo parezca. El que peca puede pensar que «nada pasa», que puede disfrutar impunemente de su desobediencia, pero, por dentro, está perdiendo la posibilidad de ser feliz. En su soberbia, se negará a admitirlo, pero más pronto o más tarde terminará por descubrir que con Dios no se juega.

Además de ese elemento de insensatez, hay en el pecado otro nada desdeñable: la ingratitud. Dios me ha creado porque, por alguna razón insondable e incomprensible para mí, se enamoró de mí en cuanto me tuvo presente en su mente divina. Desde toda la eternidad, acarició ese pensamiento de mí y deseó compartir conmigo, para siempre, su propia felicidad inefable. En un momento determinado del tiempo, decidió crearme y, a partir de ese instante, me está ofreciendo innumerables gracias. Ha llegado hasta el extremo de hacerse Hombre, como yo, y de morir en una cruz para que yo me salve y alcance esa felicidad inefable (Conviene recordar aquí que Jesús hubiese muerto por mí, aunque yo hubiese sido el único hombre necesitado de salvación).

Si, Dios ha hecho todo lo que su infinita sabiduría podía idear para que yo disfrute de la felicidad que quiere darme. Ahora bien, hay algo que no puede hacer por mí, una parte de Su plan que sólo yo puedo llevar a cabo: amarle. Sólo el amor que yo le tenga me capacitará para ser feliz en el cielo. Sin el amor de Dios en mi corazón, soy tan incapaz de disfrutar de esa felicidad como un trozo de madera de transmitir una corriente eléctrica. Ni el mismo Dios, con su omnipotencia, puede hacerme partícipe de su dicha, si yo no me abro a ella procurando amarle con todas mis fuerzas. Sin el amor de Dios, la felicidad del cielo tendrá menos sentido para mí que una sinfonía de Beethoven para una vaca. Si, Dios tendrá que ayudarme a amarle, porque, sin su ayuda —sin su gracia— no podría hacerlo, pero el acto libre, voluntario, por el que escojo

a Dios como el Bien Supremo, por encima de todas las cosas, es algo que me corresponde por entero y que nadie puede hacer por mí.

Ese amor de Dios no es cuestión de sentimientos. Incluso en el amor humano, el sentimentalismo no es una buena medida del amor. Un hombre puede derramar lágrimas leyendo una carta de su esposa y, a renglón seguido, serle infiel con una desconocida. Lo que de verdad prueba el amor que tenemos a una persona es lo que somos capaces de hacer por ella, no nuestro sentimentalismo. Algo que todavía es más cierto cuando se trata del amor a Dios. Un amor que debe estar enraizado en nuestra voluntad, no en los sentimientos o en las emociones pasajeras. Si estamos dispuestos a hacer lo que nos pida Dios, si queremos hacerlo —aunque nos cueste—, entonces, y sólo entonces, le amamos de veras.

Dios estableció los Mandamientos para nuestro bien, no para poner a prueba nuestro amor, aunque guardarlos sea una prueba de que le amamos, porque, si de verdad le queremos, haremos lo que nos pida, por mucho que nos cueste. Si no obedezco a Dios, es que no le amo. No hay término medio. Es en este punto donde la ingratitud del pecador se hace patente. Podría decirse que «Dios se ha vuelto loco» a la hora de derramar sus dones sobre mí, especialmente el don gratuito de participar de su misma felicidad y vida divina en el cielo, y que, a esa «locura», yo respondo burlándome de El, cuando pecho. Al amarme a mí mismo más que a El, me niego a dar el paso —el único paso— que me pide para completar sus esfuerzos: la obediencia. Prefiero ese placer, esa satisfacción, esa «ganancia» o esa «revancha» que «me pide el cuerpo». Y si eso supone renunciar a su amor... bueno, tanto peor para El... Eso, y no otra cosa es lo que hago cuando pecho, aunque no lo confiese.

En esas condiciones, soy capaz de afrontar todas las implicaciones de tal manera de actuar, y continúo pecando. No me atrevo a admitir que, en realidad, no amo a Dios. Por eso me niego a escuchar la voz de mi conciencia. Procupo no pensar en la estupidez y la ingratitud que entraña lo que he hecho, para poder decir así, luego, que, en el fondo, «no quería hacer nada malo». Lo cual no evita que el mal siga allí, ni que yo siga siendo víctima de sus consecuencias.

Otra manera de salirse por la tangente es pretender que, en ese caso concreto, en tales circunstancias, la Ley de Dios no es aplicable a lo que yo he hecho. Es la actitud, por ejemplo, de quien decide casarse con una mujer divorciada. «Mis hijos necesitan una madre... Además, yo la quiero... Dios sabrá comprenderlo...» Una forma de razonar que confunde a Dios con una abuela chocha que hace la vista gorda cuando su nietecilla descubre el escondite de los caramelos...

No, no podemos forjarnos un Dios a nuestro gusto. No podemos pretender que sea como nos conviene. Ese Dios bonachón, senil, que hace la vista gorda, no existe. Es misericordioso, sí, pero también justo.

Otra forma de engañarse es empeñarse en distinguir entre Dios y su Iglesia, la que fundó El mismo. De lo que se trata, en este caso, es de pretender que estamos dispuestos a obedecer las leyes de Dios, pero siempre que estemos convencidos de que son en realidad sus leyes. Es decir, erigiéndonos en jueces. Dicho de otra manera: Haremos lo que creamos que Dios nos manda hacer personalmente, pero no asumiremos ninguna obligación que nos venga dictada por «intermediarios». Me acuerdo, a este respecto, de una señora que se preciaba ante sus amigas de confesar y comulgar regularmente, pero que ella no decía en el sacramento de la penitencia que usaba anticonceptivos, porque —aseguraba— «la Iglesia tiene la

manga muy estrecha en esto» y «los curas no tienen por qué meterse en este terreno». Me imagino a Jesús (que dijo a sus apóstoles y a sus sucesores que «quien a vosotros escucha a Mí me escucha») retorciéndose otra vez en agonía en la cruz ante el lamentable razonamiento de esa señora. Porque la verdad es que la Iglesia es el mismo Cuerpo Místico de Cristo, que vive en su Iglesia. No es posible separar a Cristo de su propio Cuerpo. Nuestra fe estaría muriendo si alguna vez dijéramos: «Bueno, eso es sólo un mandamiento de la Iglesia».

Con frecuencia, la pérdida de la fe es el resultado de una larga carrera de pecados. No se puede vivir en constante conflicto consigo mismo, no se puede estar en guerra permanente con uno mismo. Si la fe no cesa de reprocharnos un comportamiento al que no estamos dispuestos a renunciar, tenemos que terminar por firmar la paz con nosotros mismos, por muy artificial que esa paz sea. Entonces, como prenda de esa paz, tenemos que entregar algo, y si no es nuestro comportamiento, será nuestra fe; luego, trataremos de convencernos de que esa fe era falsa, una mentira...

Esta es, en resumen, la triste historia del pecado. Una historia de estupidez e ingratitud, una historia de sustitución de la auténtica felicidad por engañosos placeres; una historia de amor que agoniza y de fe que se extingue. Por eso necesitamos, todos, rezar cada día: « ¡Oh, Jesús mío, líbrame del pecado! ».

Capítulo IV

EL PECADO MORTAL

En cierta ocasión, un penitente me preguntó qué podía hacer para evitar el pecado mortal. Le recordé lo que seguramente había aprendido de pequeño en el catecismo: que rezase todos los días fervorosamente, y en especial cuando le asaltaba la tentación; que frecuentase los sacramentos; que procurase

evitar aquellas personas, lugares y cosas que podían inducirle a pecar...

«No lo he olvidado» —respondí— «y procuro hacer todo eso. Pero me parece que no basta...» «Tal vez —le contesté—, lo que has olvidado es lo que hace falta para cometer un pecado mortal. ¿No será que eres excesivamente escrupuloso?... Si haces todo lo que está de tu parte, si pones los medios, Dios no dejará de darte las gracias necesarias para evitar que peques mortalmente».

En el cumplimiento de nuestra tarea de amar a Dios, el primer paso indispensable es evitar a toda costa el pecado mortal, porque son dos cosas irreconciliables. El pecado mortal, por su propia naturaleza, implica el rechazo de Dios, el desprecio absoluto de su amor. La desobediencia propia del pecado venial es otra cosa, pues no sólo difiere en grado o cantidad, sino también en género, clase o calidad de la desobediencia propia del pecado mortal. Un ejemplo tomado de la vida familiar nos ayudará a explicarlo: Papá y mamá están ocupados trabajando en el jardín y ruegan a la pequeña Sally, su hija, que ponga la mesa. Sally, que está viendo su programa favorito de televisión, dice que sí, pero continúa ante el televisor, de tal forma que cuando sus padres entran en la casa, la mesa no está puesta. Aquello desagrada a los padres, pero no les ofende, porque comprenden que en la desobediencia de Sally ha habido poco interés (descuido), pero no malicia. Una noche, sin embargo, Molly, la hija mayor, ya en la puerta, se enfrenta a sus padres y les dice: «Ya estoy harta de que me digáis a qué hora tengo que regresar. Volveré cuando me apetezca, os guste o no». Y, dando un portazo, desaparece. En este caso, está claro que hay malicia, una desobediencia buscada y querida, que lleva consigo desprecio a los padres y rechazo de su autoridad. Entre la desobediencia de Sally y la de Molly, hay

una diferencia de género, no sólo de grado. Pues bien, tal es la diferencia que existe, desde el punto de vista de Dios, entre el pecado mortal y el pecado venial; una diferencia inconmensurable.

Evitar el pecado es algo absolutamente imprescindible, esencial, para poder amar a Dios y, también, la prueba primera de que le amamos. Por eso, es importantísimo que conozcamos con claridad cuáles son los elementos constitutivos del pecado mortal. Sería una pena que, por desconocerlos, creyéramos que hemos cometido un pecado mortal siendo solo venial.

Para que un pecado sea mortal tienen que darse tres requisitos: 1º Que lo que hacemos —o el deber que omitimos— sea materia grave. 2º Que tengamos conocimiento suficiente de lo que hacemos. 3º Que consintamos plenamente en lo que hacemos.

Examinemos cuidadosamente estos tres elementos.

Materia grave significa que se trata de algo serio y reprochable desde el punto de vista de Dios, no de la estimación humana o de los convencionalismos sociales. Hay personas que admiten que el adulterio es una cosa grave, pero que se puede «flirtear» impunemente con una mujer casada; sin embargo, para Dios, las dos cosas son graves. Otros aseguran que matar a un hombre es algo abominable, pero son indiferentes al aborto. Algunos condenan el robo con violencia, pero defraudan y roban en sus negocios... ¡Qué poca diferencia existe, a los ojos de Dios, entre una y otra cosa!

Al establecer la gravedad de un pecado en nuestras vidas, tenemos que asegurarnos de que estamos en línea con el pensamiento de Dios; sería lamentable que exagerásemos la gravedad de un pecado que hemos cometido (por ejemplo, que pensásemos que estamos en pecado mortal porque hemos usado el nombre de Dios en vano o hemos dicho alguna

mentira), pero más lamentable sería aún que la disminuyésemos. Desgraciadamente, cuando la materia es grave, el demonio (o nuestro amor propio) suele utilizar la estratagema de susurrarnos al oído: «No hay que exagerar... Lo que he hecho no puede ser tan malo... Yo no soy capaz de eso...». Conocimiento suficiente quiere decir que soy consciente de lo que estoy haciendo y de que eso que estoy haciendo es un pecado. Evidentemente nadie puede cometer un pecado mientras duerme, por horribles que sean sus sueños. Tampoco, por supuesto, por simple olvido (nadie peca por comer carne un viernes, si olvida que es día de abstinencia), ni por error o ignorancia, a menos que sea un error o una ignorancia culpables. Tampoco debo sentirme culpable hoy si descubro que algo que hice ayer es pecado. Hay gente que se tortura a veces recordando actos pecaminosos que realizó en su juventud sin saber que lo eran.

Ni que decir tiene que lo contrario es igualmente cierto. Si deliberadamente hago algo convencido de que es pecado grave, lo es para mí, aunque luego descubra que no lo era. Si robo un millón y luego descubro que ese dinero era mío, pecco lo mismo que si no lo fuera, pues sabía que mi acción ofendía a Dios; mi ignorancia no destruye la malicia de la misma.

Respecto al conocimiento suficiente, suele darse un riesgo contra el que conviene estar prevenido: cegarnos voluntariamente respecto a la posibilidad de pecar. Nos deslizamos hacia el pecado —nos dejamos llevar— tratando de convencernos de que «no hay peligro». Luego, una vez cometido, alegamos que nos vimos atrapados por sorpresa... Un alegato que puede engañarnos a nosotros mismos, pero que no convence a Dios.

El consentimiento pleno de la voluntad es un elemento imprescindible de ese rechazo de Dios que caracteriza al

pecado mortal. Eso quiere decir que lo que hagamos tenemos que hacerlo libremente, deliberadamente. No somos capaces de decidir o escoger libremente si algún factor interfiere seriamente nuestra libertad de elección. Es evidente que si nos fuerzan físicamente a hacer algo, no podemos pecar. Ahora bien, existen otros factores que pueden suprimir —o disminuir— nuestra libre voluntad. El miedo, el cansancio, la ansiedad, la tensión nerviosa o un conflicto emocional, pueden ejercer una mayor o menor influencia sobre nuestra libertad de elección. Según sea el grado en que esa libertad quede influenciada o alterada, pecados que, por su misma naturaleza, son mortales, pueden convertirse en veniales e incluso dejar de sernos imputables como tales. Sólo Dios conoce los efectos de éstas y otras cosas sobre nuestra capacidad de decisión. Sólo El puede apreciar el grado de nuestro consentimiento. Por eso, en esos casos, lo que tenemos que hacer es ponernos humildemente en sus manos y procurar pedirle perdón con todas nuestras fuerzas, abandonándonos a la misericordia de su juicio.

Es frecuente, también, que sólo Dios sea capaz de juzgar si hemos rechazado o no a tiempo una tentación. Esto es cierto, especialmente, respecto a los pecados de pensamiento, que pueden asaltarnos de improviso y anidar en nuestra mente. De pronto, nos damos cuenta de que es un pensamiento pecaminoso —contra la fe, contra la caridad, o contra la castidad— y tratamos de expulsarlo, pero vuelve una y otra vez, con insistencia. Entonces, uno se pregunta: «¿No será que no supe rechazarlo a tiempo? ¿No será que lo acogí de buena gana y por eso vuelve?» A menudo, no somos capaces de resolver el problema. Tenemos que contentarnos con hacer un acto de contrición y dejar el asunto en manos de Dios. Con todo, es casi seguro que no pecaremos gravemente si, día tras

día, tratamos de evitar los pecados mortales, porque entonces la duda está a nuestro favor.

Hay un punto, sin embargo, respecto a la libre elección, que, a veces, no se tiene en cuenta: que la malicia de un pecado está en la intención más que en la acción. El momento en el que, deliberadamente, decido cometer un pecado, ya lo he cometido a ojos de Dios. Supongamos, por ejemplo, que decido robar una cartera que contiene 50.000 ptas. En ese momento mismo, ya he pecado, aunque luego resulte que la cartera está vacía, o que me es imposible robarla, o que me vuelvo atrás, ya que ninguna de estas cosas puede borrar un pecado que ya he cometido.

Alguien podría pensar —como yo he oído decir— que, en ese caso, lo mejor es llevar a cabo la acción, puesto que el pecado ya está cometido. Quien lo piense, olvida que, aparte de que ese razonamiento entraña un sofisma, la realización del acto en cuestión añade gravedad y malicia a la mera intención. Lo cual es especialmente cierto cuando ese acto causa daño a otras personas o viola sus derechos.

Es una verdad de fe que, con la gracia de Dios, todos podemos evitar el pecado mortal. Por muy violentas que sean las tentaciones que nos asalten, la gracia de Dios nos ayudará a superarlas. Nunca puede darse el caso de que corneta un pecado mortal y luego pueda decir con razón: «Fue inevitable». Si de verdad fuera inevitable, no sería un pecado mortal. Ahora bien, si lo que quiero decir es que «fue inevitable» porque no lo pude evitar al no tomar las precauciones que debía para evitarlo, la culpa es mía y el pecado también.

A nadie le puede extrañar que, teniendo fuertes tentaciones, peque si no reza a diario y no acude a Dios en el momento de la tentación. Si no se confiesa con frecuencia y no recibe la Santa Comunión, lo más probable es que el hombre peque y

que vuelva a pecar, porque fue precisamente para darnos las gracias y la fortaleza que necesitamos para lo que Jesucristo estableció estos Sacramentos. Si desprecio o descuido el Sacramento de la Penitencia, estoy diciendo, de hecho, que no me importa pecar.

Otra locura similar consiste en no esforzarse en evitar las ocasiones de pecado. Y no digamos nada si se buscan... La joven pareja que detiene el coche en un lugar solitario para «charlar» un rato, el hombre maduro que asegura que no le impresiona un espectáculo deshonesto, la mujer que no tiene empacho en leer novelas obscenas, el hombre (o la mujer) que intima con una persona divorciada, se están poniendo en ocasión próxima de pecar mortalmente.

Acudiendo a la oración y a los sacramentos y evitando las ocasiones de peligro, podremos —y con seguridad lo lograremos—evitar el pecado mortal. Dios sólo nos pide que pongamos los medios. Si los ponemos honestamente, de verdad, desaparecerá cualquier duda o escrúpulo que pudiese asaltarnos.

Capítulo V

UN PASO ADELANTE

A los dieciocho o diecinueve años, dejamos de crecer físicamente, pero, a menos que tengamos algún trastorno psíquico, seguimos desarrollando nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestras aptitudes. Si nuestra inteligencia no se desarrollara, no aumentaría el número de libros y periódicos que se publican, por ejemplo. Y es que normalmente, todos buscamos mejorar nuestros conocimientos, conocer más gente, estar al tanto de lo que ocurre en el mundo...

También nos preocupamos de desarrollar nuestras aptitudes. Por muy bueno que sea un cocinero, seguirá coleccionando

recetas, probando nuevos platos, leyendo la página de cocina de su revista favorita. Si a uno le gusta jugar al ajedrez, siempre estará planeando nuevas jugadas y, si es un buen tenista, procurando mejorar el saque, el «drive» o el «smash». Los padres, por muy buenos padres que sean, se preocupan de leer libros y artículos sobre la educación de los hijos. Los médicos, de estar al tanto de las nuevas medicinas que salen al mercado... La lista podría abarcar cualquier actividad humana, pues el hombre, haga lo que haga, procura hacerlo cada vez mejor.

Esto es lo normal. Sin embargo, hay un ámbito de la vida —el más importante, por cierto—, que pocos se preocupan de desarrollar: el ámbito de lo espiritual. La mayoría se mantiene en la mediocridad, sin darse cuenta de que todo progreso en este terreno proporciona beneficios perdurables.

Sin confesarlo abiertamente, solemos dar por supuesto que hacemos lo suficiente, que ya somos bastante buenos. Quizá reconozcamos que no lo somos desde el punto de vista de Dios, que El nos pide más, pero pronto acallamos las voces que nos susurran eso y volvemos a instalarnos en la cómoda posición espiritual que hemos escogido.

Nuestra primera y principal tarea en esta vida es amar a Dios. El requisito mínimo imprescindible para llevarla a cabo es obedecerle en todo aquello que pide de nosotros. Y lo primero que nos pide, lo más esencial, es que evitemos el pecado mortal. Descuidar este punto demuestra claramente que no le queremos. Por eso, hay que partir de la base de que procuramos resueltamente, por todos los medios, evitar el pecado mortal. El siguiente paso, en la práctica del amor a Dios, consiste en renunciar a cometer cualquier pecado venial deliberado.

Si preguntáramos a alguien sobre el teína, probablemente nos diría: «Hombre, yo no quiero ofender a Dios deliberadamente,

ni siquiera en materia leve». Sin embargo, si, concretando más, le preguntáramos qué hace para evitar el pecado venial, veríamos que su lucha es débil e ineficaz. Y es que la expresión «pecado venial deliberado» necesita una explicación.

Evidentemente, un pecado venial absolutamente indeliberado es algo que no existe. Una acción cometida sin ninguna intención no puede ser pecado. No podemos ofender a Dios en estado de amnesia, o en sueños, o por accidente, o por ignorancia invencible, pues lo que hagamos en tales circunstancias carece de malicia. Sin embargo, hay pecados veniales que son semideliberados, cometidos sin un propósito definido o sin plena conciencia: cosas que hacemos sin reflexionar lo suficiente, con precipitación, sin cuidado. Un ejemplo podría ser el de quien se da un golpe en la espinilla y suelta un taco que bordea la blasfemia; sabe perfectamente que tal forma de hablar constituye una ofensa a Dios, pero el dolor del golpe despoja a la expresión de gran parte de su malicia. Otro ejemplo podría ser el del ama de casa, agotada de trabajar todo el día, que monta en cólera porque su hijo ha derramado un poco de leche; su cansancio disminuye notablemente la voluntariedad de su ira. Otro, el del marido que, al preguntarle su mujer, cuando llega a casa, si ha echado la carta que le encargó depositar en el buzón de correos, dice que sí, teniéndola en el bolsillo; la mentira queda paliada por su consternación y lo improvisado de la respuesta.

Todos estos ejemplos representan casos de pecados veniales semideliberados. Hay una notable diferencia entre estos pecados veniales y otros también veniales, pero llenos de malicia, como robar un objeto de un hotel, mentir para justificar nuestra ausencia del trabajo, murmurar del prójimo o contar chistes obscenos para «quedar bien» con los amigos. En

todos estos casos, sé perfectamente lo que hago y cometo un pecado venial deliberado.

Una de las frases más tristes que puede salir de labios de un cristiano es ésta: «Bueno, sólo se trata de un pecado venial». Porque si la digo de corazón, muestro claramente que amo muy poco a Dios. Si, le obedezco en cosas graves, pero me niego a agradarle en cosas de menor gravedad. ¿Qué pensarían unos padres de un hijo que dijera que les obedece cuando no tiene más remedio, pero le importa poco desobedecerles en lo que no le acarrea graves consecuencias?.....Pensarían, sin duda, que ese hijo no les quiere apenas y su corazón sangraría. Pues bien, nosotros somos hijos de Dios.

Sabemos que la suma de muchos pecados veniales nunca puede dar por resultado tin pecado mortal, porque hay una enorme diferencia entre el rechazo de Dios y de su amor, que lleva implícito éste, y el descuido de ese amor, propio del pecado venial. Con todo, la comisión de muchos pecados veniles conduce progresivamente al desamor. Nuestra alma termina siendo incapaz de ret ener la gracia de Dios, como un cubo oxidado y corroído. Dicho de otra manera: el pecado venial debilita nuestro espíritu. Así como una simple gripe facilita el asalto de otras enfermedades más graves, el pecado venial, habitual y deliberado, abre el camino al pecado mortal.

Por otra parte, desde un punto de vista práctico, es indudable que el pecado venial no compensa en absoluto. Normalmente, al cometerlo, buscamos obtener alguna ventaja personal: decimos una mentira para salir de un apuro, no pagamos el autobús para ahorrarnos unas pesetas, bebemos un poco de más para olvidar nuestras preocupaciones, hablamos mal del prójimo para resarcirnos de lo que han dicho de nosotros, soltamos una grosería para imponer nuestra autoridad, recortamos la Misa para «ganar tiempo», etc., etc. Al obrar así,

olvidamos que con Dios no se juega, que el mundo y todas las cosas dependen de El. ¿Pretendemos, acaso, hacerle cómplice de nuestras pequeñas desobediencias, de esos «pecadillos sin importancia»? Es ridículo, y, además, no es «rentable». Porque si digo una mentira para salir del apuro hoy, tal vez mañana el apuro sea más grande; si no pago el billete del autobús, quizá mañana tenga que pagar cien veces más por el arreglo del coche; si bebo de más para evitar mis preocupaciones de hoy, mañana tendré que añadir un fuerte dolor de cabeza a esas mismas preocupaciones; si hablo mal del prójimo, el prójimo terminará por despreciarme; si ofendo a un subordinado, acaso mañana un superior se complazca en humillarme; si recorto la Misa dominical para «ganar tiempo», quizá lo pierda luego a la puerta de la iglesia con un encuentro inoportuno... Y así sucesivamente.

Tal vez la correspondencia entre una y otra cosa no sea tan exacta, pero, en cualquier caso, somos tontos si pensamos que podemos sacar ventaja del pecado venial. Si se tratara de pecados mortales, la justicia divina tendría que esperar a la otra vida, pero los pecados veniales se pagan en ésta; no del todo, desde luego, porque existe el purgatorio, pero Dios, con su amor hacia nosotros, suele ofrecernos la oportunidad de que aprendamos la lección.

Algunos piensan que siempre queda el recurso de hacer un acto de perfecta contricción, y todos esperamos poder hacerlo si nos encontramos en peligro de muerte. Sabemos que un acto de perfecta contricción —con la intención de confesarnos cuanto antes— perdona todos los pecados, incluso los mortales, y tratamos de hacerlo de vez en cuando, para que nos resulte más fácil a la hora de la muerte. Sabemos también —o deberíamos saberlo— que un acto de perfecta contricción implica que nos arrepentimos de nuestros pecados por puro amor de Dios, no

por miedo a perder el cielo e ir al infierno. Ahora bien, es casi imposible que una persona que no está dispuesta a renunciar al pecado venial deliberado tenga esas disposiciones.

Por otra parte, a menos que estemos firmemente decididos a rechazar esa clase de pecados, no podemos ganar una indulgencia plenaria, porque ésta supone el perdón de todas nuestras deudas con Dios (si muriésemos en el momento de obtenerla, iríamos directamente al cielo). Ahora bien, una de las condiciones indispensables para ganar una indulgencia plenaria es que tengamos dolor de corazón, no sólo por los pecados mortales, sino también por los veniales deliberados. ¿Cómo vamos a tenerlo si no estamos dispuestos a enmendarnos? Así, pues, para ganar una indulgencia plenaria, es necesario que estemos firmemente dispuestos a evitar todo pecado venial deliberado.

No, no merece la pena. Se mire como se mire, el pecado venial deliberado no es rentable... Pero eso es secundario. Lo que debemos hacer, más que sopesar los pros y los contras de un pecado venial, es dejar al margen esas consideraciones y centrarnos en el amor a Dios. Habremos dado un paso de gigante, seremos verdaderamente adultos espiritualmente, cuando podamos decirle con sinceridad: «Quiero amarte, Señor, con todo mi corazón y con toda mi alma. No quiero medir mi amor a ti en términos de toma y daca. Quiero llegar hasta el final; no quiero ser tacaño, no me conformaré con evitar el pecado mortal. Renuncio a TODO pecado deliberado. Ayúdame, Dios mío, para que te sea cada día más fiel, tanto en lo grande como en lo pequeño. ¡Haz que te ame cada vez más!»

Captulo VI

ALGO INEVITABLE

Cualquier párroco puede testificar que no hay dos personas que mueran de la misma manera. En los treinta y tres años que llevo de ministerio, he presenciado una gran variedad de escenas en el lecho de muerte, algunas de las cuales siguen vivas en mi memoria.

Recuerdo, por ejemplo, la calma y el sosiego de aquella anciana monja de clausura, de ochenta años, al recibir el Viático. No es que no tuviese miedo, es que anhelaba que llegase el momento de ver cara a cara al Maestro, a quien había amado y servido a lo largo de toda su vida. Los placeres a los que había renunciado, los sacrificios que había hecho, la humilde y escondida existencia que había llevado, apenas contaba para ella. Lo importante era que iba a reunirse muy pronto con el Señor... «Adiós, Padre —susurró al despedirse de mí—. Rece, por favor, para que no se retrase...»

Otro recuerdo imborrable es el de aquella madre que sufrió enormemente, durante su larga enfermedad, pensando en el esposo y en los hijos pequeños que dejaba detrás. Había sido una buena esposa y una buena madre. Gracias a sus oraciones y a su ejemplo, sus hijos habían aprendido lo que significa de verdad amar a Dios, y su marido había adquirido madurez espiritual. Al final, el Señor le otorgó la gracia de la confianza filial, como sucede a menudo, y su rostro perdió las huellas de la inquietud. Su voz era firme y serena cuando me dijo: «Dios será una madre para mis hijos, Padre. Lo sé. El no me llevaría si no fuera porque va a hacer mis veces mucho mejor que yo. Además, desde el cielo podré ayudarles más que aquí en la tierra...»

Otra escena acude a mi mente. Estoy ungiendo con los Santos Oleos el cuerpo toda vía caliente de un hombre de mediana edad que, hace unos minutos, se ha desplomado sin vida sobre su mesa de trabajo. Mientras rezo las oraciones propias de la

Unción condicional, recuerdo que el hombre que acaba de morir era miembro de la Adoración Nocturna y había pasado una hora en vela ante el Santísimo Sacramento el sábado anterior. Que el domingo, por la mañana, recibió la sagrada Comunión, con su esposa, en Misa de siete, como hacía de costumbre... Murió de repente, sí, pero la muerte no le sorprendió. Casi, casi, podía oír al Señor, que le decía: «Ven, hijo mío. Los últimos auxilios son para quien los necesite, no para ti»...

Uno de los mayores consuelos de la vida de un sacerdote es asistir a muertes como éstas. Se siente pena, naturalmente, al perder a alguien a quien se ama, pero ese dolor humano no amortigua la alegría de ver un Alma salir al encuentro con Dios.

Desgraciadamente, no siempre ocurre lo mismo. Hay otras escenas que producen un inmenso dolor. Me recuerdo a mí mismo, plantado en medio de la habitación de un Motel, contemplando los cadáveres enlazados de una pareja —que no eran marido y mujer—, muertos por asfixia. Y también en la sala de urgencia de un modesto hospital donde yacían los cadáveres de dos jóvenes —chico y chica—, que olían fuertemente a alcohol. El coche estaba destrozado y en él había varias botellas vacías de licor...

Hay otro tipo de muertes que siembran en mí una oscura inquietud. Es la de aquellas personas que a lo largo de su vida han despreciado el amor de Dios, que han descuidado la Santa Misa, los sacramentos, la oración. Han vivido habitualmente en pecado, sin pensar en el más allá, pero cuando se dan cuenta de que van a morir, tiemblan aterrorizados. Se confiesan sí, y dicen que se arrepienten casi con desesperación... Sin embargo, cuando el sacerdote les da la absolución, no puede por menos

de pensar: ¿Estarán realmente arrepentidos o sólo será un sentimiento de terror? Solamente Dios podría contestar.

Ciertamente, el temor de Dios es algo saludable, pero no el temor servil, el propio de un perro que se humilla ante el látigo del amo. El temor de Dios es como ese respeto reverencial que un buen hijo debe sentir hacia sus padres. Un temor basado en el amor, no en el miedo al castigo. El sentimiento de quien teme perder el aprecio de alguien a quien valora mucho. Todos los padres han visto reflejado en el rostro de sus hijos esta clase de temor. El niño llora no tanto por el daño que le ha hecho el coscorrón de su padre como por lo que el coscorrón significa: Es ese miedo reverencial, el que hace que el enfado del padre le duela al niño más que el castigo inflingido.

Hay personas que descuidan sus deberes religiosos, son indiferentes a los derechos de Dios y desprecian sus mandamientos por deformación de la conciencia más que por mala intención. «Procuraré enmendarme cuando sea mayor» — piensan—. «Me arrepentiré cuando vaya a morir». Tales gentes dan cuenta de que el arrepentimiento es un don, una gracia de Dios. Sin ella, no somos capaces de hacer un genuino acto de contrición.

El pecado habitual osa poner condiciones a esa gracia y solicita de Dios que se la otorgue cuando a él le conviene. Es evidentemente, un acto de presunción; se juega con la divina misericordia y se añade así una nueva ofensa a las que ya se tiene acumuladas.

Es la muerte de este tipo de personas la que deja al sacerdote entristecido y perplejo.

«¿Estaría realmente arrepentido o sólo asustado?». Porque, incluso cuando uno se confiesa, su dolor por haber pecado tiene que ser sobrenatural, una gracia de Dios, y esta no es algo que podamos obtener a nuestro antojo. Una de las razones por

las que el sacerdote duda en estos casos es porque ha presenciado algunos en los que el penitente se ha recuperado y ha vuelto a su vida de pecado. Verdad es que sólo Dios puede sondear los corazones, pero es natural que se tenga dudas sobre la solidez del propósito de la enmienda en tales casos.

El momento más importante de nuestra vida es, sin duda alguna el de la muerte. En ese instante, quedaremos definidos para siempre en el estado en que la muerte nos encuentre. Recuerdo que, cuando era pequeño y hacía mohines o gestos raros, mi madre me decía: «Ten cuidado hijo mío, que, como te dé un aire, te vas a quedar así para siempre...» Sabía que era una broma, pero bastaba para que dejara de hacer el tonto. Dios no gasta bromas. Por eso, habla muy en serio cuando dice que moriremos tal como hemos vivido. La muerte será el «aire» que nos hará adquirir un gesto definitivo, un estado irreversible: de gracia o de pecado. De ese instante supremo depende que disfrutemos: de una eterna unión con Dios o que quedemos eternamente separados de su divina presencia.

Tal vez hayas asistido a la proyección de una película en casa de un amigo que quiere mostrarte lo mucho que ha disfrutado en su último viaje por el Caribe. De repente, para hacerse el gracioso, da al interruptor y la cinta se detiene; en la pantalla queda la imagen congelada en su acción: una expresión bobalicona, un ceño fruncido, una ingenua sonrisa... Resulta cómico y todo el mundo ríe. Si embargo, no nos entrará la risa cuando Dios interrumpa la cinta de nuestra vida y quedemos captados para siempre en nuestra fealdad o en nuestra hermosura.

Y tras la muerte, el juicio. Sólo pensar en ello provoca un estremecimiento. Porque no deja de ser algo muy serio tener que afrontar la Verdad Absoluta sin posibilidad de evasión o disculpa. En esta vida es casi imposible ser del todo honesto

con uno mismo, plenamente objetivo. Tendemos a otorgarnos el beneficio de la duda, a interpretar favorablemente nuestros errores y caídas.

«Cualquiera que se hubiese encontrado en mi lugar, habría hecho lo mismo», pensamos o decimos. Pero a la hora del juicio particular, seremos nosotros los juzgados, con independencia de lo que hubiese podido hacer cualquier otro. «Bueno, no se podía esperar de mí que fuera un santo», es otra de nuestras excusas favoritas. Pero Dios nos dirá en el juicio: «Eso es precisamente lo que de ti esperaba». «Pero al fin y al cabo, no soy más que un ser humano» —protestamos—. Y Dios responderá: «Pero Lis gracias que te otorgué eran divinas»...

Nadie conoce exactamente cómo será ese juicio particular. Lo único cierto es que será inmediato —tras la muerte— y definitivo. Fan pronto como el alma abandone el cuerpo sobrevendrá el juicio. Inmediatamente después, el alma iniciará una vida eterna en el cielo (con una posible «parada» intermedia en el purgatorio) o se precipitará en el infierno.

Los teólogos dicen que lo más probable es que el alma quede iluminada por la luz irresistible de la infinita justicia divina. Quedaremos expuestos a la Luz de la Verdad como un actor que, en medio de un escenario vacío, queda expuesto a un potente foco que descubre su maquillaje y sus arrugas.

En un cierto sentido, cada cual será juez de sí mismo. En un instante de iluminación divina, seremos conscientes de todas las gracias que hemos recibido y de todos los pecados que hemos cometido. Contemplaremos todas y cada una de las oportunidades que hemos desaprovechado, el daño que hemos hecho, los beneficios que hemos dejado de hacer. Veremos, también, con visión de eternidad, las consecuencias que nuestros actos han tenido. Será un momento terrible, por

ejemplo, para los padres que hayan olvidado la formación espiritual de sus hijos, para los sacerdotes que hayan descuidado su ministerio, para todos aquellos que hayan dado escándalo...

Como contrapartida, no debemos olvidar que es también el momento de la verdad divina, por lo que veremos con toda claridad hasta la más pequeña acción buena y noble que hayamos llevado a cabo, hasta el más pequeño sacrificio que hayamos ofrecido a Dios; esas acciones brillarán con luz propia. Es bueno pensar de vez en cuando en la muerte, en mi propia muerte. Es bueno imaginarla incluso de manera visual... Alrededor de nuestro lecho de muerte habrá suspiros y lágrimas. Alguien, piadosamente, cerrará nuestros ojos y cruzará nuestras manos... Sin embargo, antes de que nos envuelvan en el sudario, ya habremos comparecido ante la presencia de Dios y habremos sido juzgados.

No olvidemos nunca que la muerte y el juicio son realidades inevitables, no fantasías. Las descripciones que hemos hecho tal vez no sean exactas ni adecuadas, pero lo que sí es absolutamente cierto es que eso me sucederá a mí. ¡Qué insensatos seríamos si no lo tuviésemos en cuenta! Porque será un instante terrible. El momento para el que Dios nos hizo, el instante que da sentido a nuestra vida. A él nos encaminamos, como el río que en una cascada se precipita...

Capítulo VII

¿COMO ES EL CIELO?

Los que hayan presenciado una sesión de Cinerama, tal vez recuerdan la impresión que les hizo la primera vez que lo vieron. El programa solía empezar con una película en blanco y negro, proyectada en pantalla normal. Luego, un presentador hacía un breve resumen de la evolución del cinematógrafo.

Terminaba anunciando: «Ahora van a ver ustedes lo que es el Cinerama». Inmediatamente, las cortinas se abrían deslizándose lentamente, y dejaban al descubierto una inmensa pantalla que ocupaba todo el fondo de la sala, que al punto se convertía, entre chirriar de raíles, exclamaciones de asombro y corrientes de aire, en una gigantesca montaña rusa. El espectador se aferraba a su asiento y sentía como un vacío en la boca del estómago. Guardo todavía la impresión que me produjo esta súbita transición de un cine convencional a la inmersión total en las gigantescas pantallas del Cinerama.

El ejemplo puede parecer ridículo —y de hecho lo es—, pero no se me ocurre nada mejor para ilustrar lo que sentirá quien muera limpio de todo pecado. El mundo era atractivo para él porque nunca había conocido otro mundo mejor, pero, de repente, cierra los ojos a ése y los abre a un mundo nuevo, donde habita Dios.

La inenarrable emoción de ese momento, la inexplicable felicidad, no se pueden imaginar ni describir. Hasta un santo que regresara del cielo sería incapaz de hacerlo. A San Pablo se le otorgó, en una visión, gustar: un anticipo del cielo; todo lo que fue capaz, de decir luego fue que «ni ojo humano vio, ni oído oyó, ni el corazón puede expresar, lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman» (1 Cor 2,9).

Debemos, sin embargo, tratar de hacernos una idea —por remota que sea— de la felicidad que nos espera. Si hemos tenido: una gran alegría en nuestra vida, podemos evocar esos momentos de rebosante felicidad y multiplicarlos por mil. Los esposos, pueden pensar en el día que se casaron o tu vieron su primer hijo; una monja, en el día en que profesó; un sacerdote, en el día en que se ordenó... Sea cual sea el momento; por mucho que multipliquemos esa felicidad siempre nos quedaremos cortos; por mucha que sea nuestra imaginación,

seremos incapaces de concebir lo que significa contemplar cara a cara a Dios.

Dios es infinitamente digno de amor, lo cual quiere decir que su amor es irresistible. Su mera presencia arrancará de nuestro corazón oleadas de amor con la misma Fuerza que un tornado succiona el agua del amar.

De vez en cuando, un agente publicitario decide lanzar a un actor o a una actriz como El Gran Amante Pues bien, en el cielo nos asombrará saber que cada uno de nosotros en ese «Gran Amante». Ahora somos como pájaros en una jaula, incapaces de imaginar la capacidad que tenemos de volar alto, muy alto; no tenemos ni idea de nuestra capacidad de amor; porque ningún ser humano puede agotar en esta vida esa capacidad. Solo Dios es capaz de agotarla. El único término que resulta adecuado para expresar lo que nos ocurrirá en la otra vida es el de explosión. Nuestro amor explotará en el Cielo contemplar al Ser que es el Amor infinito, la infinita Bondad.

Para disfrutar de una felicidad completa no basta con amar. Hay que estar seguro de que uno es amado. Una seguridad que será absoluta cuando Dios nos atraiga a su divino regazo. Dios es amor, el Amor infinito.

Nos creó porque nos ama. Cuando las barreras de esta vida desaparezcan, Dios podrá mostrarnos, sin limitaciones, todo su cariño. La llama de su amor nos abrasará sin quemarnos. Ahora ni siquiera el más santo de los hombres se atrevería a pensar que es el ser más digno de amor de toda la creación, porque todos sabemos que somos imperfectos. Sin embargo, en el cielo nos daremos cuenta de que sí somos dignos de amor, porque esas imperfecciones, esos «puntos negros», habrán sido purificados en el fuego de Su Amor; la belleza original con que Dios creó nuestra alma habrá recobrado todo su esplendor. El

nos lo probará envolviéndonos en un estrecho abrazo y arrebatándonos a las cimas del éxtasis.

Para que la felicidad sea completa, se necesita, además, otra cosa: la certeza de que esa felicidad no terminará nunca. ¿Quién no ha deseado, en un momento de dicha, que su felicidad no acabara jamás?... Pues bien, ese deseo, en el cielo, será una realidad.

Algunas personas ponen ciertos reparos a este hecho. Temen que el cielo se convierta así en algo aburrido y monótono. Olvidan que la felicidad del cielo no será en absoluto una cosa estática, una especie de estar siempre «mirándose a los ojos». No podemos ni imaginar la actividad que reina en el cielo. Dios es infinitamente amable, lo cual quiere decir que jamás agotaremos nuestra capacidad de amarle. Nunca dejaremos de encontrar en El nuevos manantiales en los que saciar nuestra sed de amor, nuevos sabores que excitarán nuestra amorosa «hambre».

Es absurdo imaginar el cielo como algo «interminable». La eternidad no es una acumulación de tiempo; el tiempo es algo propio del universo creado. La eternidad con Dios será como un instante espléndido, maravilloso, que jamás pasa.

Ni que decir tiene que golpeamos nuestra cabeza contra un muro cuando tratamos de comprender la eternidad, porque es un concepto que, como todos los que tratan de abarcar el infinito, escapa a nuestra comprensión. Tratemos, no obstante, de ilustrarlo de otra manera: Supón que en el cielo llevas un reloj que tiene cuerda para ocho días, y que cada hora, allí, representa sesenta billones de años en lugar de sesenta minutos. Nada más llegar, le das toda la cuerda y luego miras un instante a Dios. Una mirada que te hace inmensamente feliz. Luego vuelves a mirar el reloj y observas, asombrado, que ya no tiene cuerda...

Este ejemplo —como todos los que hemos puesto—, además de ser inadecuado, tiene otro defecto: que se queda corto. Porque tratándose de Dios y del Cielo, no hay peligro de exagerar. El peligro está en lo contrario: en dar una imagen demasiado pobre y demasiado débil de la eterna felicidad que nos tiene preparada.

Hasta ahora sólo hemos hablado de nuestras relaciones con Dios en el Cielo. Ahora bien, ¿veremos también allí —y seguiremos queriendo— a quienes hemos amado en esta vida? Evidentemente, sí, porque al ver y amar a Dios, veremos y amaremos todas las almas que El ama y conoce. Habrá un intercambio perenne de amor entre Dios, las demás almas y nosotros mismos, todo ello dentro de un único e indivisible acto de amor que tendrá su origen y su término en Dios mismo. Ese intercambio de amor en el cielo será algo así como la circulación de la sangre en el cuerpo, que sale del corazón y al corazón vuelve. Dios es el Corazón del Cielo.

Si, seremos felices contemplando a nuestros seres queridos en el cielo. Más aún, si están allí, en parte, por nuestras oraciones y nuestro buen ejemplo. Ahora bien, no entenderíamos lo que es y significa la felicidad del cielo si pensáramos que emplearemos nuestra eternidad en pasear de la mano de nuestros familiares y amigos, escuchando una suave música y charlando de nuestros recuerdos. Yo amo mucho a mis padres y confío en que —por la misericordia divina— me reuniré con ellos en el cielo, pero, hablando a lo humano, no creo que ni ellos ni yo tengamos tiempo de apartar nuestra mirada de Dios para ocuparnos de nuestras cosas. Estén o no estén allí nuestros seres queridos, nuestra dicha será total, sin reservas; una dicha que superará todo lo imaginable.

¿Y qué probabilidades tengo de gozar de esa felicidad sin pasar por el purgatorio? Muchas, siempre que me esfuerce por vivir,

día a día, en estado de gracia, haciendo lo que Dios quiere que haga. Esa lealtad, ese esfuerzo, nos da cierto «derecho» a pedir a Dios que nos otorgue las gracias que necesitamos en el momento de la muerte, para que, al pasar a la otra vida, estemos libres no sólo de pecado mortal, sino también de todo pecado venial y toda culpa que no hayamos ya satisfecho en esta vida por medio de la penitencia y de las buenas obras. Tal es, como sabemos, el principal objetivo del Sacramento de la Unción de los enfermos: limpiarnos de toda «mancha de pecado» que nos impida gozar, de inmediato, de la presencia de Dios.

Verdad es que podemos morir de repente, sin tener oportunidad de recibir los Santos Oleos, pero quienes han tratado de vivir siempre haciendo la voluntad de Dios no deben preocuparse demasiado, pues los sacramentos sólo son un medio. El puede —siempre que lo crea oportuno— suministrarnos la gracia que nos viene habitualmente a través de ellos. En el último instante, la mera mención amorosa del nombre de Jesús, con sincero arrepentimiento, puede ser capaz de conducirnos al Cielo.

Es muy consolador recordar que Dios quiere que vayamos al cielo todavía más que nosotros. Y como lo que quiere puede hacerlo, lo logrará; pero tan sólo si nosotros no nos oponemos. Porque sería una locura olvidar que la misericordia de Dios no elimina su justicia. Ni siquiera su infinita Bondad puede forzarnos a ello, en contra de nuestra voluntad. El amor impaciente de Dios no puede atravesar la barrera alzada en nuestro corazón por nuestra desobediencia.

A poco que comprendamos lo que es y significa el cielo, nos daremos cuenta de que merece la pena vivir, trabajar y sufrir para alcanzarlo.

El camino que nos conduce a él puede ser, a veces, áspero y angosto, pero no intransitable. Sería absurdo que nos

jugáramos una herencia semejante precipitándonos en el abismo del pecado mortal.

Capítulo VIII

ASI ES EL INFIERNO

«Lo peor de todo era aquella espantosa soledad. Al cabo de unos meses, empecé a sentirme completamente abandonado. Nadie sabía dónde estaba, nadie se preocupaba por mi suerte, nadie pensaba en mí...»

Quien así me hablaba era un misionero que había permanecido mucho tiempo en manos de los comunistas chinos. Le habían tenido año y medio confinado en completo aislamiento, ignorante de su suerte, sin saber qué día podía ser el último para él. Cuando le liberaron, sus nervios estaban rotos, de tal forma que, meses más tarde, al contarme esto, se echó a llorar. Nunca más quiso volver a describir los terrores de sus largas noches en vela, las tinieblas insondables en que su alma se vio sumergida.

Los sufrimientos de este misionero ilustran bastante bien — aunque pálidamente—, las penas del infierno. Supongo que, de vez en cuando, cada uno de nosotros habrá tratado de imaginar lo que es el infierno a la luz de los momentos de mayor sufrimiento que haya tenido en su vida. Hace algunos años quedé incomunicado por la nieve en una cabaña forestal durante varios días. Cuando, por fin, me rescataron unos amigos, tenía ya en la boca el amargo regusto del abandono, de la irremediable soledad. Desde entonces, al pensar en el infierno, es ese negro abandono lo que más me impresiona.

Porque lo que más caracteriza al infierno es un abandono, una soledad que no se pueden imaginar. Solemos pensar, y es cierto, que en el infierno están aquellas personas que han muerto en pecado mortal, pero sería más exacto decir que están

quienes han rechazado el amor de Dios, pues el pecado mortal es precisamente eso. Irremediabilmente apartados de Dios por tal rechazo, los pecadores no podrán gozar jamás de la presencia de Dios. Este es, aunque en este mundo no lo apreciemos fácilmente, el mayor sufrimiento que se puede dar, pues el hombre fue creado para gozar de Dios eternamente. Ahora bien, apartarse de El es también separarse de todas las almas creadas por El, por lo que el condenado se encuentra en una vasta y vacía soledad, tan absoluta, que la «soledad» de algunos en la tierra es sólo un juego de palabras.

Por muy solos que estemos en esta vida, nos relacionamos con alguien. Además, tenemos la esperanza de que, algún día, esa situación terminará. Pero en el infierno no hay nada de eso. La muerte nos fija para siempre en el estado en que nos sorprendió. Si no amábamos a Dios cuando morimos, no es posible encender ese amor después. Ya no hay tiempo de rectificar, porque el tiempo no existe: estamos en la eternidad. Tal es el horror del infierno: la seguridad, la certeza, de que nada cambiará; la conciencia no cesará de repetirnos: «para siempre, siempre, siempre...»

Otra diferencia fundamental entre la soledad de esta vida y la del infierno es que, aquí, todavía podemos «acompañarnos a nosotros mismos», por decirlo así. Buena prueba de ello es que, cuando nos relacionamos mucho con otras personas, anhelamos quedarnos solos para estar tranquilos y pensar en nosotros, entre otras cosas, porque todavía nos amamos. En el infierno, sin embargo, la ausencia de amor es total: no podemos amar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Aún peor: nos odiamos, nos detestamos. Hemos rechazado a Dios y, con El, todo cuanto existe. Tal es el supremo horror del abandono y la soledad del infierno. Por si no bastara con habernos condenado a una existencia eterna en soledad, tenemos que «coexistir» con

nosotros mismos, odiándonos con un odio salvaje y atroz. Para un alma en el infierno, la aniquilación total sería mil veces preferible. Si pudiera, se haría pedazos. Su eterno lamento, si se pudiese oír, sería algo así: «¡Odio a Dios! ¡Detesto a todo el mundo!... Pero eso no es nada en comparación con lo que me odio a mí mismo...»

Esta descripción del infierno como un lugar de gran abandono y soledad es exacta. Se desprende necesariamente de la misma naturaleza del infierno en cuanto separación eterna de Dios. Ahora bien, la soledad, con todo lo que tiene de espantoso, es algo secundario. Jesucristo en persona ha descrito el infierno como fuego, un fuego que arde sin extinguirse jamás, y Nuestro Señor no usaba las palabras a tontas y a locas. De donde se desprende que debemos considerar la pena esencial del infierno como un perpetuo abrasarse en un fuego.

Nuestro Señor no define la naturaleza de ese fuego del infierno. Sabemos que no es la clase de fuego que conocemos en la tierra, porque ese fuego consume lo que toca y, además, es incapaz de abrasar un espíritu y causar dolor a un alma. Por eso, la naturaleza del fuego del infierno ha provocado infinidad de especulaciones entre los teólogos.

Una explicación lógica es que se trata de un fuego que nos aplicamos a nosotros mismos a causa de nuestro intento eternamente frustrado de alcanzar a Dios. Recordemos que hemos sido creados para El, por lo que nuestra alma siente una irresistible atracción hacia Dios, como un trozo de hierro hacia un imán. En esta vida podemos sentir muy poco esa atracción, incluso nada, porque nuestro cuerpo material y nuestras imperfecciones obran como aislante, pero, tan pronto como la muerte separe el alma del cuerpo, sentiremos toda la fuerza de esa atracción divina. Si estamos limpios de todo pecado, nos sentiremos atraídos por Dios y nos dirigiremos rectamente

hacia El como un proyectil hacia el blanco. Si morimos en estado de pecado mortal, el alma experimentará también esa irresistible atracción y tratará con todas sus fuerzas de dirigirse hacia Dios, sin lograrlo. Su propio egoísmo alza una barrera insuperable. Se esforzará en vano, por toda la eternidad, en alcanzarlo, pero su desamor hará inútil ese esfuerzo. No hay punto de contacto posible con Dios y, así, su alma arde en la desesperada fricción originada en el inútil anhelo de alcanzar a Dios y verse eternamente rechazado. Tal es, a juicio de algunos teólogos, la forma en que se genera el fuego del infierno... Se genere o no así, el fuego al que Jesús se refiere en el Evangelio, se trata de un sufrimiento que el alma experimentará en el infierno.

Otra manera de intentar comprenderlo es comparar la atracción del alma hacia Dios con una sed ardiente. « ¡Si no alcanzo a Dios, pereceré!», solloza el alma, mientras le busca en vano, como un hombre moribundo que se arrastra por las ardientes arenas del desierto, describiendo círculos sin saberlo, en busca de un manantial donde calmar su sed.

A la soledad y la angustia, hay que añadir el lacerante remordimiento del condenado. Sabe que está en el infierno porque lo ha escogido libremente. Dios no se complace viendo a nadie en él, pues creó a todas las almas para que gozasen de su presencia en el cielo. Cuando nos referimos al infierno como un castigo, tenemos que saber lo que decimos. Se trata de un castigo. Sí, pero libremente asumido, como el borracho asume la «resaca» que, inevitablemente, tendrá tras una borrachera.

Cuando hablamos de Dios, tenemos que hacerlo en términos humanos, porque, si no, no podríamos expresar nada. Ahora bien, al hablar de Dios a lo humano, hay que tener presente que es una forma inadecuada de expresarse. Hablamos, por ejemplo, de la ira de Dios, que descarga sobre el pecador (así lo

han hecho hasta los autores inspirados de las Sagradas Escrituras), pero es evidente que Dios no puede manifestar ira a la manera humana. La ira implica cambio personal, un cambio intelectual y moral. Ahora bien, todo cambio supone que se pierde o se gana algo, y Dios, siendo infinitamente perfecto, como es, no puede perder ni ganar nada. Es inmutable.

Cuando decimos que Dios se irrita con el pecador, estamos utilizando un modismo verbal. Estamos describiendo un cambio, una mutación, que se ha operado en la persona que ha pecado, no en Dios, que no ha cesado de amarla; es el pecador quien se coloca fuera del ámbito de ese amor. El sol no deja de brillar porque alguien eche las persianas de su casa y se sustraiga a la luz. No obstante, al hablar de la ira de Dios, expresamos con claridad la trágica trampa en que cae el pecador. Una forma de hablar que, por otra parte, ha sancionado el mismo Espíritu Santo.

Lo mismo ocurre cuando decimos que Dios ha arrojado un alma en el infierno. Porque El, evidentemente, no agarra una pobre alma, la coloca al borde del infierno y le dice al empujarla para que caiga al abismo: «Te lo has merecido. Ya verás lo que es bueno...». El infierno con todas sus consecuencias, no es más que el resultado del apartarse de Dios. Se trata de una separación que sólo el hombre mismo puede llevar a cabo cuando renuncia deliberadamente al amor de Dios. Consciente de las consecuencias de lo que hace, opta por hartarse de placeres en esta vida aun a costa de pasar «hambre» en la otra.

El reconocimiento de que es el único responsable de su presencia en el infierno, es ese «gusano que nunca muere», el espantoso, penetrante, agudo mordisco del remordimiento. El alma, en el infierno, se retuerce pensando, con irremediable

amargura, que se merece su suerte. Creía que podía engañar a Dios, que podía disfrutar de todos los placeres de la vida a sus espaldas, que ya tendría tiempo de arrepentirse, si hacía falta, y que, en cualquier caso, merecía la pena arriesgarse a ir al infierno con tal de no renunciar a esos placeres... «Si, eso creía... ¡Estúpido de mí! Miradme ahora...»

El infierno es como un estado de irremediable soledad y abandono; de odio incontenible; de eterna y frustrada búsqueda de Dios; de torturante remordimiento. Ahora bien, dicho todo esto, apenas hemos dicho nada, porque el lenguaje humano es incapaz de describir tanto el cielo como el infierno. Sólo podría intentarlo quien está allí, y nadie ha venido para contárnoslo. Con todo, en la medida en que nuestra mente humana es capaz de hacerse una idea, nos conviene desarrollar un profundo y arraigado horror al infierno. Cuando nos sobreviene la tentación, un sano temor del mismo puede ser decisivo para evitar que sucumbamos y orientarnos enseguida hacia Dios. Pensando en el infierno, seremos capaces de atender el ruego que nos hizo la Santísima Virgen en las apariciones de Fátima, cuando nos urgió a rezar así: «¡Oh, Jesús, perdónanos nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno; conduce a todas las almas al cielo, especialmente aquellas que más necesitan de Tu Misericordia! ».

Unidos a María, recemos los unos por los otros para que Dios nos libre de todo aquello que pudiera apartarnos de su infinito Amor.

Capítulo IX
«GRACIAS, DIOS MIO,
POR EL SACRAMENTO DE LA
PENITENCIA»...

Si un sacerdote recibiese un dólar cada vez que uno de sus penitentes le dice, después de confesarse, que se siente enormemente aliviado, que se ha quitado un gran peso de encima, o algo parecido, no tardaría mucho tiempo en poder comprarse un coche. Y no sólo porque el penitente se haya descargado de un pecado mortal. Puede ser, simplemente, de una preocupación, una duda, un escrúpulo... Algún problema personal difícil de resolver fuera o al margen del secreto de confesión. Tal vez nunca hayamos expresado nuestra gratitud con palabras, pero seríamos muy ingratos si, en lo hondo de nuestro corazón, no hubiésemos dado nunca gracias a Dios por el beneficio de la Confesión el Sacramento de la Penitencia representa a menudo una piedra de escándalo. «Hay muchas cosas de los católicos que admiro —suelen decir—, pero me repugna la mera idea de la Confesión». Y también: «No veo por qué tendría que decir mis pecados a otro ser humano; si me equivoco o hago algo malo, basta que se lo cuente a Dios y le pida perdón a solas...» O bien: «Tengo un amigo que se confiesa todos los meses y se emborracha a menudo. No lo comprendo...»

Cuando oímos decir tales cosas, no deberíamos dejarlas pasar, ni encogernos de hombros. Es una oportunidad magnífica de hacer uso de las gracias recibidas en la Confirmación, y ser un instrumento en manos de Dios para transmitir la Verdad. Bastaría con que dijéramos: «Mira: si Jesús expresó claramente su voluntad de que manifestáramos nuestros pecados para que nos fuesen perdonados, no tenemos más remedio que hacerle caso. No podemos poner reparos, y decir que hubiese sido mejor de otra manera...» Luego, citaríamos las palabras de Cristo a los Apóstoles, el Domingo de Resurrección: «A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (Juan, 20, 23). Y

explicaríamos a nuestro interlocutor que la segunda parte no tendría sentido, si el Señor no hubiese querido que manifestáramos nuestros pecados. Porque, ¿cómo hubiesen podido los Apóstoles —y sus sucesores— saber qué pecados tenían que perdonar y cuáles retener, si no los conocían?... Jesús no habló nunca a humo de pajas. Cada palabra que salió de sus labios estaba llena de significado, y, en este caso, no hay forma de explicar las que pronunció el Domingo de Resurrección en el Cenáculo si se prescinde de la confesión de los pecados. No hay pecado que, por su misma naturaleza, sea imperdonable, si el dolor del penitente y el propósito de la enmienda son genuinos. Ahora bien, el único que puede juzgar sobre la verdad de su dolor de corazón y la firmeza de su propósito de la enmienda es el sacerdote, después de haberle oído en confesión.

Uno puede acudir también a la prueba histórica. Puede decir: «Mira, te voy a regalar una Historia de la Iglesia en la Edad Antigua. Allí encontrarás, refrendado por textos de los Padres de la Iglesia, que el Sacramento de la Penitencia es tan antiguo como el Cristianismo, la forma de obtener el perdón de Dios desde el principio. Sin duda, los Apóstoles y los primeros cristianos, que vivieron cerca de Cristo, deben ser mejores. Bastaría este aspecto práctico de la Confesión —la paz que proporciona— para responder a las objeciones de los que no son católicos. Para éstos, jueces que nosotros en este terreno, y la realidad es que la confesión de los pecados siempre precedió a su perdón. Luego vino Martín Lutero, a quien le molestaba la Confesión, y se desembarazó de este sacramento a poco de iniciar la reforma protestante en 1517. Pero reconocerás que los Apóstoles y los primeros cristianos tenían más elementos para juzgar las intenciones de Cristo que un monje agustino atormentado, que vivió mil quinientos años más tarde. Si lo que

dicen las Sagradas Escrituras significa algo para ti y no rechazas el testimonio de la historia, tienes que admitir que el Sacramento de la Penitencia fue instituido por el mismo Jesucristo. Rechazarlo, es tanto como rechazarle a El...»

Si nuestro interlocutor es razonable, tal argumentación no dejará de hacerle mella. Con todo, tal vez le impresione aún más el testimonio de un usuario satisfecho. Puedes decirle también: «Mira, hace mucho tiempo que vengo confesándome regularmente y no puedes imaginarte la paz y la alegría que se siente al quitarse un gran peso de encima, al saber con certeza que mis pecados han sido perdonados y que puedo empezar de nuevo, como si nada hubiese ocurrido. Cuando me duele el estómago, no dudo en ir al médico para que me diga si se trata de una úlcera o sólo un malestar pasajero. Por eso, cuando tengo un problema espiritual, hago lo mismo: busco quien me lo puede resolver. Con la ventaja de que no tengo que pedir hora, ni dar mi nombre, ni presentar la tarjeta de la Seguridad Social. El médico del alma se limita a escuchar; señala lo que está mal e indica los pasos que hay que dar para remediar esa situación... Por muy personal e íntimo que sea mi caso, lo comprenderá. Además, sé que estoy hablando con un hombre ligado por una obligación de secreto como no hay otra en el mundo. Nada ni nadie puede hacerle hablar. Ni siquiera el que su vida penda de ello... Y te diré otra cosa: Sé lo fácil que sería justificarme a mí mismo o buscar excusas cuando meto la pata. Si se me perdonaran los pecados con sólo decir «Dios mío, lo siento», creo que no mejoraría nada. Pronto me olvidaría y volvería a pecar. Sin embargo, al tener que hacer examen de conciencia, y ponerme de rodillas, y enumerar mis pecados, no me queda más remedio que afrontar los hechos. Sería tonto negarlos, o buscar excusas; y, además, inútil... Si, es cierto que hay gente que se confiesa a menudo y no parece obtener

demasiado provecho... Antes mencionaste el caso de ese pobre hombre que seguía emborrachándose... Puede ser que sea por ignorancia, o tal vez piense que la Confesión es como una especie de lavandería a la que se lleva la ropa sucia todas las semanas... Ni que decir tiene que quien piense así se equivoca. No se puede hacer una buena Confesión sin propósito de la enmienda. Hay que ser muy hipócrita para decirle al confesor que uno se arrepiente y estar pensando en cometer el mismo pecado... Pero lo más probable es que ese pobre hombre que tú dices sólo sea débil. Tal vez quiera dejar de beber y piense que confesarse a menudo es el único medio de evitar el terminar alcoholizado. Porque no se trata sólo de ver cómo es una persona que se confiesa, sino de considerar cómo sería si no se confesase. Probablemente, a los ojos de Dios, tu amigo está manteniendo una lucha sincera. Sólo El tiene derecho a juzgarle...»

«Perdona que sea tan sincero. Pero te aseguro que cuando dices que te repugna la idea de confesarte, no sabes de lo que hablas. Sólo quien se ha confesado alguna vez puede hablar con conocimiento de causa. Puedo decirte que, con excepción tal vez de la Santa Misa y la Sagrada Comunión, la Confesión es la última cosa a la que renunciaría. ...» «Suprime lo que quieras, Señor —le diría a Jesús—, pero déjanos la Confesión...» «Sí, te lo aseguro: Cuando me acuerdo de dar gracias a Dios por todos los bienes recibidos, no me olvido nunca de incluir el Sacramento de la Penitencia...»

Seguramente, una conversación semejante será más eficaz que una respuesta inspirada en un libro de teología, siempre que esté basada en la propia experiencia. Si uno no está convencido de lo beneficioso que es el acudir con frecuencia al Sacramento del Perdón, no valdrá de nada.

¿Y quiénes son los católicos que no aprecian la Confesión? Los hay de varios tipos. Uno de ellos —afortunadamente escaso— es el que padece una especie de fobia. Al acercarse al confesonario, tiembla. No puede soportar arrodillarse allí, sobre todo si es un confesonario cerrado... De ordinario, se trata de un problema psicológico más que espiritual.

Otro tipo de personas que evitan confesarse es el de los pecadores empedernidos que no tienen intención de cambiar de conducta. Si se confesaran, tendrían que enmendarse, y no están dispuestos. Tienen la conciencia demasiado atrofiada para darse cuenta del peligro que corren y pedir a Dios que les ayude. Su única salida está en que las oraciones de sus familiares y amigos obtengan para ellos la gracia del arrepentimiento antes de que sea demasiado tarde.

Un tercer tipo de católicos que huyen de la Confesión es el de aquellos que han sido víctimas de la vergüenza o del miedo en el momento de ir a confesarse y se han guardado algún pecado mortal. Tal vez volvieron a hacer alguna otra mala Confesión y ahora no se atreven a acercarse de nuevo. Tales personas no se dan cuenta del maravilloso alivio que sentirían si fueran capaces de decir al sacerdote: «Padre ayúdeme. Tengo que acusarme de algo a lo que quiero poner remedio...» El sacerdote, con toda seguridad, hará todo lo que esté en su mano para facilitarle la labor al penitente.

Un cuarto tipo está formado por aquellas personas que son víctimas de un hábito pecaminoso. Como no son capaces de mantener sus buenos propósitos, piensan que es inútil que se confiesen, porque, además, sus confesiones no serían buenas... La realidad es que estas personas son las que más necesitan confesarse. En la Confesión frecuente reside su única esperanza de victoria. En la medida en que sigan luchando, aunque salgan alguna vez derrotadas, Dios aprecia sus esfuerzos, que, al final,

se verán coronados por el éxito. Mientras tanto, la Confesión, es el único recurso.

Está también el católico laxo o perezoso (o las dos cosas a la vez), que, desgraciadamente, no tiene el suficiente amor a Dios como para aprovecharse de los dones que Jesucristo obtuvo para nosotros. Nunca tiene tiempo para confesarse y aplaza ese momento. Tal vez se confiese una o dos veces al año, pero enseguida olvida los propósitos que hizo. De ese tipo de católico es de quien el Señor dice en el Apocalipsis: «Conozco tus obras, y que no eres ni frío ni caliente. Ojála fueras frío o caliente. Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, estoy para vomitarte de mi boca» (Apoc 3, 15, 16).

Finalmente, tenemos el católico poco instruido que piensa que la confesión sólo es necesaria cuando se está en pecado mortal. «No tengo por qué confesarme —dice—, no he pecado mortalmente». Ignora, o ha olvidado, que la finalidad del Sacramento de la Penitencia no consiste tan sólo en limpiarnos de los pecados, sino en hacernos santos. A quien no ha cometido ningún pecado mortal, el sacramento le proporciona un aumento de gracia santificante y una mayor fortaleza espiritual, que le permite rechazar más fácilmente las tentaciones. La mejor garantía contra el peligro de caer en pecado mortal es la Confesión frecuente. Quien quiera crecer espiritualmente, procurará confesarse, siempre que pueda, semanalmente.

Si no te incluyes en ninguno de estos casos y te confiesas con frecuencia, te encuentras en buena posición para explicar a otras personas lo que es y lo que significa el Sacramento de la Penitencia. Si lo haces, lograrás que muchas otras almas, se aprovechen de este inestimable y maravilloso regalo de Dios.

Capítulo X

CONFESIONES APRESURADAS Y GRACIAS DESPERDICIAS

Una vez que estuve en España, oí hablar de un obrero que había encontrado un billete de mil dólares; no le llamó mucho la atención; los billetes de banco españoles son más grandes cuanto más valor tienen y aquel papelito no le impresionó demasiado. Se lo guardó en un bolsillo y, varios días más tarde, al pasar por un Banco, entró a preguntar cuánto valía. Casi se desmaya cuando se lo dijeron, pues la suma equivalía a tres meses de su jornal...

No es raro encontrarse con gente que no sabe lo que tiene. Puede ser un cuadro de un pintor famoso, un objeto antiguo, unas monedas raras, unos sellos valiosísimos... Cuando nos enteramos, solemos sentir una especie de envidia. No se nos ocurre pensar que nosotros también tenemos un tesoro que quizá no apreciamos: el Sacramento de la Penitencia. Tal vez lo recibamos frecuentemente y sepamos que no sólo vale para perdonar los pecados mortales, sino también los veniales; que aumenta la gracia santificante y nos proporciona una gracia especial para rechazar las tentaciones... Sin embargo, a lo mejor nos parece que no nos aprovecha demasiado, que no nos hace mejores; que nos acusamos una y otra vez de los mismos pecados, inútilmente...

Si eso pensamos, lo más probable es que nuestras confesiones no sean buenas, que hayamos convertido la Confesión en algo rutinario, en un mero trámite. Y no porque ignoremos el valor de ese tesoro que tenemos a nuestra disposición, sino porque no reparamos en ello. Y así, acudimos a la iglesia los domingos unos minutos antes de la Misa, esperando que no haya nadie haciendo cola para confesarse. Respiramos aliviados si lo logramos y nos arrodillamos a toda prisa, sin haber hecho apenas examen de conciencia. Al fin y al cabo —pensamos—,

no nos hace falta, pues nuestros pecados son los de siempre... Así, pues, volvemos a manifestarlos, escuchamos al sacerdote sin hacerle demasiado caso y rezamos el acto de contrición sin pensar en lo que decimos. Luego, si podemos, cumplimos la penitencia deprisa y corriendo; si no, la dejamos para después de Misa. Si no hemos tenido que esperar, hemos despachado el asunto en dos o tres minutos, y nos sentimos satisfechos... ¿Nos reconocemos en este cuadro? Dios quiera que no.

La Penitencia es un sacramento que Jesús pagó con su vida. Algo por lo que una humanidad abrumada por el pecado suspiró, sin saberlo, durante siglos y siglos. Algo de tan inconcebibles efectos, que no creeríamos en ellos si Dios mismo no los hubiese revelado.

El Sacramento de la Penitencia «fuerza» a Dios a permanecer siempre atento, dispuesto a otorgarnos su misericordia y su gracia. Un Sacramento en el que nos acercamos tanto a su trono que sólo nos separa de El nuestra humana ceguera. Sí, todo esto, y más, es el Sacramento de la Penitencia. ¿Nos damos cuenta de ello? ¿Obramos en consecuencia?... Indudablemente, no, pues solemos dedicarle menos tiempo y atención que a un simple corte de pelo: Deprisa y tarde... ¡Ya estamos listos!

Si apenas mejoramos aunque nos confesamos con frecuencia, deberíamos recordar que hay dos cosas que son fundamentales para obtener frutos abundantes de este Sacramento. Una es el dolor de corazón. La otra, el examen de conciencia.

Cualquier católico sabe perfectamente que su Confesión nada vale si oculta al sacerdote un solo pecado mortal. También sabe que hace una mala Confesión si no se arrepiente sinceramente; aunque se acuse de todos sus pecados mortales, sin dolor de corazón, sin arrepentirse de todos ellos, su confesión es inútil. Sin embargo, lo que muchos católicos no saben —o no se dan

cuenta de ello— es que la intensidad de la gracia que reciben al confesarse depende del grado de arrepentimiento. Cuanto mayor sea su dolor de corazón, obtendrá más gracia. Por eso, si nos preparamos mal, si no nos esforzamos en examinarnos a fondo, si no reparamos en la magnitud de las ofensas cometidas, si no nos arrepentimos y nos dolemos de ellas, si no tenemos un decidido propósito de la enmienda, estamos desperdiciando un inmenso caudal de gracias. El tiempo que he «ahorrado» sale carísimo.

La solución es obvia: prepararse mejor para recibir el Sacramento de la Penitencia, dedicar más tiempo a esa preparación. Un buen procedimiento es contemplar un crucifijo y tratar de imaginar lo que Jesús sufrió por nosotros. Tratar de sentir el peso de mis pecados sobre sus hombros, en las llagas abiertas en sus pies y en sus manos y en su costado... Podemos también evocar algunas de esas páginas de nuestra vida que tratamos de olvidar, porque nos avergüenzan. No tiene por qué ser sólo pecados contra la castidad. Pueden ser también contra la caridad, por ejemplo: Aquella vez que tan brutalmente herí los sentimientos de un amigo... O cuando aquella persona necesitaba ayuda y le volví la espalda... O cuando me mostré orgulloso y altanero con quien más debía ser humilde... O cuando fui tan cobarde y di tan mal ejemplo... O cuando me rebelé contra los designios divinos... O cuando fui deshonesto... Seguro que hay algo, lo que sea, que te avergüenza. Deja, pues, que salga a la superficie. No para torturarte, por supuesto, sino para que te des cuenta de lo poco que vales y lo ingrato que eres. Para que te duelas de ello. Si así lo haces, cuando vayas a confesarte esta semana de esos «pecadillos» sin importancia, y digas que te arrepientes también de todos los pecados de tu vida pasada, tendrá sentido lo que dices.

Pero no basta con eso. Si deseas mejorar, si quieres evitar que, al confesarte una vez más, tus faltas y pecados sean «los de siempre», tienes que hacer mejor el examen de conciencia. Olvidamos a veces que, si nos acusamos una y otra vez de los mismos pecados, estamos perdiendo el tiempo, porque ni siquiera los pecados veniales pueden quedar perdonados sin verdadero dolor de corazón y propósito de la enmienda. Sería mejor que nos acusáramos de ellos antes que decir sin convencimiento que nos dolemos de ellos. En este caso, está claro, también, que nuestro dolor de corazón no es sincero. Necesitamos, pues, profundizar en nuestras disposiciones interiores, mejorar nuestro examen de conciencia. Algo, que, evidentemente, no se puede hacer si no le dedicamos tiempo. Si no nos examinamos a diario, si no reparamos en las faltas y pecados que cometemos cada jornada, no es extraño que, al ir a confesarnos, pensemos —y digamos— que no recordamos «nada nuevo». ¡Ah!, ¿no? ¿Acaso no hemos hecho ningún juicio temerario? ¿No hemos perdido el tiempo? ¿No se lo hemos hecho perder a los demás? ¿No hemos tenido ningún momento de ira, o de pereza, o de autocomplacencia? ¿No hemos murmurado en absoluto, ni faltado a la caridad o a la justicia, de palabra o de pensamiento? ¿Hemos sido tan castos, tan limpios de corazón, que no nos hemos permitido una sola mirada obscena ni un sólo pensamiento deshonesto?...

Son sólo unas cuantas preguntas indicativas, meras sugerencias. Lo único que he pretendido, al hacerlas, es mostrar que, probablemente, cometemos diariamente más faltas y pecados de los que creemos. No nos damos cuenta, porque no limpiamos a diario el polvo de nuestra alma. Así, no es extraño que unas confesiones precipitadas no hagan aumentar su brillo... Sale lo más gordo, pero el polvo queda.

La Penitencia nos proporciona inmensas posibilidades de crecimiento espiritual. Además es un sacramento, una acción divina, asombrosa y sagrada. Debemos tratarlo con profunda reverencia, dedicándole el tiempo que se merece. Si fomentamos nuestro dolor de corazón, si somos cada vez más conscientes de que somos pecadores, y por lo tanto pecamos, se desarrollará en nosotros un sentido más hondo de gratitud a Dios por habernos proporcionado este maravilloso instrumento de reconciliación. Nunca nos confesaremos a la ligera, con precipitación. La penitencia que nos imponga el sacerdote nos parecerá escasa y nuestro agradecimiento al Señor siempre insuficiente para corresponder a las gracias recibidas en este Sacramento, que borra nuestras infidelidades y restaura el amor.

Capítulo XI

«¡VEN AMI!»

A media tarde, Jorge llega del trabajo, entra en la cocina como un huracán y le dice a su mujer: «Hola, cariño... Voy a cambiarme. Felipe y yo vamos a jugar una partida de golf antes de que se haga de noche». «Pero, Jorge», objeta su mujer. «Esmuy tarde y te tenía preparada una excelente cena: carne a la borgoñona, y verduras, y una tarta de limón.» «Lo siento, cariño», responde Jorge «Tomaré un sandwich en el Club de Golf. Tómatelo tú...»

A los cinco minutos, Jorge ya está en camino. Su mujer no puede reprimir el llanto. «No me quiere», solloza contemplando la excelente cena que había preparado a su marido.

Cualquier mujer que lea esto simpatizará con la esposa de Jorge y hasta muchos hombres le darán la razón, sin pensar que casi todos somos culpables de una falta de consideración

semejante, y en mucho mayor grado. Falta de consideración con Jesús. Desprecio del amor que ha derrochado con nosotros. Indiferencia ante el Gran Banquete a que nos invita.

No hace falta tener mucha imaginación para ver a un Jesús entristecido cada vez que concluye una Misa dominical. Hay lágrimas en sus ojos al contemplar cómo muchos de los asistentes abandonan la iglesia a toda prisa, sin comulgar. Han despreciado el divino banquete que El les había preparado a costa de Su misma vida.

No es fácil entender la actitud de aquellos que asisten a Misa todos los domingos y no comulgan jamás. Algunos pueden tener sus motivos algunas veces, sí. Puede tratarse de un mareo súbito, de no haber respetado el ayuno eucarístico, de no haber tenido tiempo para confesarse, de un escrúpulo repentino... Sí, eso puede ocurrir, pero será siempre una excepción. La mayoría de los que no suelen comulgar, se abstienen porque aman muy poco a Jesús.

En la Última Cena, la mente del Señor debía estar completamente absorta pensando en la terrible prueba que le esperaba. Si tú y yo hubiésemos sabido, como El, que dentro de poco íbamos a sufrir espantosas afrentas y torturas físicas para terminar muriendo en una cruz, hubiésemos quedado paralizados por el terror. El, sin embargo, en esos momentos sólo se ocupó de nosotros. Sabía que tenía que abandonarnos físicamente, pero hizo todo lo que estaba a su alcance para quedarse con nosotros.

En su mente divina, sondeó todas las formas en que podía, mientras hubiese hombres sobre la tierra, alcanzarles con su amor. La que escogió era tan inaudita, tan sensacional, que sólo Dios podía concebirla; tan milagrosa, tan sobrenatural, que sólo El podía llevarla a cabo: se quedaría El mismo y se nos daría como alimento bajo las especies de pan y vino. No sólo

podríamos adorarle al hacerse presente en el Santo Sacrificio de la Misa, o en el Sagrario, sino que también podríamos tenerle dentro de nosotros, hacernos carne de Su Carne y sangre de Su Sangre. Quiso poder envolvernos en un abrazo mucho más total e íntimo que lo que el hombre podía imaginar. Y, así, decidió dársenos El mismo en ese acto de absoluta entrega y mutua fusión que llamamos Santa Comunión.

Allí está, pues, a punto de terminar la Santa Misa, con los brazos abiertos, esperándonos. Acaba de renovar Su ofrecimiento a Dios Padre, el mismo que realizó en el Calvario. Acaba de ir al Padre para actualizarnos las gracias que, entonces, consiguió para nosotros. Nos mira y nos dice: «Ven a mí, tú a quien tanto amo. Ven y recibe las gracias que alcancé para ti. Déjame reposar en tu corazón. Déjame que penetre no sólo en tu sangre, sino también, mediante una divina ósmosis, en tu alma. Te proporcionaré una nueva vida, un nuevo vigor. Fortaleceré los lazos que te unen a mi. Ven, por favor, ven... ¡Abreme tu corazón!»

¡Fantástico!, dirás. Sin embargo, encubre una realidad tan sólida y verdadera como la de todo lo que procede de Dios. Jesús anhela que le demos la oportunidad de venir a nosotros, y nosotros permanecemos inmóviles, como caracoles al sol, mudos y blandos. A veces, hasta nos impacientamos por el tiempo que le lleva al sacerdote dar de comulgar a los demás. Nos desentendemos de lo que está pasando, como si nada tuviera que ver con nosotros. Aguardamos el momento de que aquello termine para poder fumar un cigarrillo o tomar el aperitivo.

¿Exagerado?... ¿Y qué otra explicación se puede dar de nuestra actitud? ¿Acaso no revela indiferencia y desamor?

No puedo justificarme diciendo que estoy en pecado mortal, porque confesarse no es algo tan difícil. En último término,

basta con ir a la sacristía a buscar un sacerdote. Si de verdad amo a Jesús, si le tengo un mínimo de gratitud, no dejaré de confesarme.

Tal vez no esté en pecado mortal y sólo piense que no soy digno de comulgar con frecuencia. Si así fuera, es que me he forjado una idea falsa de la virtud de la humildad, porque una virtud que nos separa de Cristo no es virtud. El Señor no nos pide que sólo lo recibamos cuando lo merecemos, porque entonces nunca le recibiríamos. Lo único que nos pide es que le permitamos venir a nosotros para que pueda ayudarnos a ser un poco menos indignos de recibirle.

No creo que seas tan necio como para decir, cuando no comulgas, que no te apetece. ¡Santo Dios! Tu Señor y tu Dios te tiende los brazos y tú, como un niño mimado, le rechazas y tuerces el gesto...

Si lo que te aparta de la Sagrada Mesa es la comodidad, probablemente no querrás reconocerlo. Sería embarazoso confesar que no eres capaz de guardar una hora de ayuno antes de comulgar, o que no tienes tiempo para darle gracias después de comulgar durante unos minutos.

Puede que existan otras excusas para no comulgar, pero a mí no se me ocurren. Creo que si el Señor se nos apareciese y nos preguntase por qué rechazamos su invitación, no encontraríamos ninguna. Porque, dejando aparte ese reducido tiempo de ayuno eucarístico, lo único que se requiere para comulgar es estar limpio de pecado mortal y tener una intención recta. Lo principal es que comulguemos porque Jesús lo quiere, pero existen también otros motivos, quizá más interesados, pero no menos legítimos. Está, por ejemplo, nuestro deseo de alcanzar una felicidad impercedera; Jesús nos ha prometido que «quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (Juan, 6,

55), por lo que es indudable que comulgar nos garantiza el cielo. Está también el justificado deseo de librarnos del infierno; El mismo nos advirtió que «si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Juan, 6, 54).

Alcanzar el cielo y evitar el infierno es una consecuencia de la obra que Jesús lleva a cabo en nuestra alma cuando le recibimos en la Santa Comunión. El nos hace crecer en amor de Dios. Tal vez ese crecimiento no se manifieste emocionalmente, pero sí en la firme determinación de hacer la voluntad de Dios. Intensifica también en nosotros esa participación en la propia vida divina que llamamos gracia santificante. Convirtiéndose El mismo en nuestro alimento espiritual, opera en nuestras almas lo que la comida material en el cuerpo. Nos suministra la salud que necesitamos para evitar el contagio, para vencer las tentaciones y librarnos del pecado. Nos ayuda igualmente a crecer en amor al prójimo y a llevar a cabo obras de caridad más fácilmente... Si., todas éstas son excelentes razones para comulgar con frecuencia, pero la mejor de todas, la definitiva, es que Jesús lo quiere.

Alguien podría objetar: «Pues yo comulgo con frecuencia y no veo que me aproveche mucho. Sigo siendo el mismo. No mejoro lo más mínimo...» Una respuesta podría ser ésta: «¿Y quién te dice que no serías ahora mucho peor, si no le recibieras?» Y otra mejor: Que somos malos jueces de nosotros mismos, sobre todo cuando se trata de juzgar nuestro estado espiritual. Quien piense que da pasos de gigante en su vida espiritual puede ser que, a los ojos de Dios, apenas haya avanzado nada. La humildad de quien piensa que no es tan bueno como debería, puede ser un buen indicador de que sus comuniones surten efecto.

Si te cuentas entre aquellos que van a Misa y comulgan con frecuencia—incluso a diario—, harás bien en dejar que sea Jesús quien mida lo que está sucediendo en tu alma. Confórmate con saber que le estás dando la alegría acudir a su llamada. El te dice «¡Ven a Mí!», y tú vas. Eso es todo.

Capítulo XII

LO QUE SOLO TU PUEDES DECIR

¿Disfrutas cuando asistes a la Santa Misa? No es imprescindible que puedas responder «sí» a esta pregunta. Puedes ser un buen católico y, sin embargo, asistir a ella te suponga un sacrificio. Al fin y al cabo, la principal finalidad de la Misa no es que lo pasemos bien, sino dar gloria a Dios. Si asistes fielmente a Misa sólo por cumplir un deber, estás haciendo algo agradable a Dios, aunque sientas alivio cuando termina. Sin embargo, si comprendiéramos bien lo que es la Santa Misa y cuál es nuestro papel en ella, dejaría de ser algo molesto o aburrido y sentiríamos una gran satisfacción al participar en la misma.

Desgraciadamente, para muchos católicos la Misa dominical es algo rutinario, una mera costumbre. Asisten a ella porque saben que lo manda la Santa Madre Iglesia, y hacen bien, porque así cumplen con un grave deber. Ahora bien, es evidente que no influye apenas en sus vidas.

Para comprender el significado de la Santa Misa, es preciso ser consciente de la importancia que tienen nuestras relaciones con Dios. El es nuestro Creador. Somos suyos de la cabeza a los pies, en cuerpo y alma. Respiramos gracias a El, que es todo para nosotros. Valemos tan sólo lo que El ha puesto en nosotros. Todo lo que somos lo hemos recibido de El. Si se

olvidara de nosotros —lo que no ocurrirá— dejaríamos de existir inmediatamente.

Sí, tenemos que convencernos de que dependemos absolutamente del Dios que nos creó y nos sigue manteniendo en la existencia. La naturaleza misma de nuestras relaciones con El lo exige. Los que seáis padres, podéis hacerlos una idea pensando en vuestros hijos. Cuando son pequeños, su dependencia respecto de vosotros es algo evidente por sí mismo. Luego, cuando crecen, esperáis que al menos den alguna muestra de gratitud por los sacrificios que habéis hecho por ellos. Tal vez no se lo manifestéis con palabras, pero, si veis que vuestros hijos actúan como si se hubiesen hecho a sí mismos y no os debieran nada, sentís un dolor inmenso. Y no digamos nada si os desprecian...

Dios tiene derecho a esperar de nosotros una mayor gratitud todavía, a recibir de nosotros el reconocimiento sincero de su infinita bondad y grandeza, el testimonio de nuestra dependencia. Pero, sobre todo, tiene derecho a que le manifestemos nuestro amor, a que correspondamos al amor que ha derramado sobre nosotros sin medida.

Cumplimos con esta obligación, parcialmente, siempre que rezamos. Sin embargo, desde los tiempos más remotos, los hombres han sido conscientes de que se necesita algo más que palabras para cumplir con ese deber de justicia. Y así, desde los días de Caín y Abel, el hombre ha ofrecido cosas a Dios, para corresponder a sus beneficios. Escogiendo lo mejor de lo que Dios le había otorgado, le ofrecía la flor de sus cosechas y de sus ganados, de sus hazañas y de las obras de sus manos. Estas ofrendas del hombre a Dios tenían un nombre: Sacrificio (de «sacrumfacere»), algo hecho sagrado, convertido en sagrado al ser puesto aparte —separado— y ofrecido a Dios.

Los actos que realizamos, siempre son más expresivos y valiosos que las meras palabras. Dios mismo mostró su complacencia hacia esos actos de oración, prescribiendo, en el Antiguo Testamento, diversas formas de sacrificio: ofrenda de corderos y ovejas, bueyes y cabras, pan y vino... Eran cosas muy pobres, indignas de Dios, que las había creado, pero eran la única ofrenda que los hombres podían hacerle, y El las aceptaba complacido.

Pero, luego, Jesús vino al mundo. Siendo Hombre, como era, podía hablar en nombre de los hombres. En su Humanidad, estaban representados y en cierta manera contenidos todos los hombres. Nadie más apto que El para devolver a Dios todo lo que le debíamos, para expresar con palabras, o sin ellas, la realidad de cada hombre: «Dios mío, Tú eres mi todo. Me inclino ante tu grandeza. Me someto por entero a ti. Te entrego mi voluntad y, con ella, mi amor. Todo lo que tengo viene de ti y te doy las gracias por ello. Lamento haber desperdiciado tantas veces tus dones y te pido perdón por mis muchas infidelidades».

Como el Hombre por excelencia, la expresión en una sola persona de todo el género humano, Jesucristo podía hacer esta ofrenda en nombre de todos los hombres de todos los tiempos. Y la hizo: en la Cruz. En ella, no ofreció al Padre animales, ni granos, ni frutos. Se ofreció El mismo... Pero no sólo físicamente. Eso hubiese sido más que suficiente, pues, siendo Dios como era, una sola gota de su Sangre tenía un valor infinito; un simple suspiro de su Sagrado Corazón valía infinitamente más que montones de bueyes y ovejas. Sin embargo, Jesús se ofreció todo El, en la totalidad de su ser, mediante un acto supremo de obediencia y amor: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Jesús, en su papel de nuevo Adán, se ofreció en efecto a Dios por todos y cada uno de los hombres, pero su sacrificio sólo es eficaz si nosotros —cada uno de nosotros—queremos que El nos represente. Hizo las cosas de tal manera que es preciso que nosotros aceptemos con un «Amén» su sacrificio. Quiso darnos la oportunidad de estampar nuestra firma personal en la ofrenda que realizaba. Por eso, la víspera de su muerte, en la Última Cena, instituyó el Santo Sacrificio de la Misa.

Como un vasto y diversificado tendido eléctrico que llegara a todos los rincones de la tierra desde una potente central de energía, la Misa transmite el Sacrificio de Cristo en el Calvario, a través del espacio y el tiempo. En la Misa, cada uno de nosotros puede participar libremente en la ofrenda que Jesús hizo en la cruz por todos nosotros. Y si, además, añadimos a ella nuestra adoración y nuestro amor a Dios, tanto mejor. ¿Cómo desperdiciar la ocasión de unir al suyo nuestro propio «Amén»?

Se trata, sin duda, de una descripción pobre e insuficiente de lo que sucede en la Misa. Es más una imagen que una explicación, pero tal vez nos ayude a asistir al Santo Sacrificio del altar de otra manera. Porque sería lamentable que, al entrar en la iglesia, pensáramos que sólo estamos allí para ver u oír al sacerdote. Sería una pena que adoptáramos una actitud meramente pasiva. No, estamos allí para llevar a cabo una acción santa nosotros mismos. Una acción de trascendental importancia, una acción que ni siquiera Jesucristo puede realizar por nosotros. La Santa Misa nos pone en línea directa con el Calvario, pero sólo si hacemos uso de ella. Tenemos que decirle a Jesús, presente en la Cruz: «Aquí estoy, Señor, para ofrecerte contigo al Padre». Tenemos que estampar en la ofrenda nuestra firma personal. Tenemos que decir con vehemencia: « ¡Amén! »

Hay un momento en la Misa en que nuestra participación queda expresada muy bellamente. Es el momento en el que, al final del Canon y antes del Padre Nuestro, el sacerdote toma el Cáliz y la patena con la Sagrada Forma en sus manos, los eleva y dice: «Por El, con El y en El, a ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos...»

Y los fieles, a una, responden: « ¡Amén!».

Antiguamente, se llamaba a esta exclamación «El Gran Amén» de la Misa, porque en él se expresa maravillosamente el espíritu y el talante con el que debemos asistir al Santo Sacrificio; No dejes de expresar vocalmente tu unión total y tu participación personal en tan grandiosa ofrenda.

Así, pues, entramos en la iglesia con plena conciencia de que Dios, nuestro Creador, nuestro Padre, espera que le rindamos homenaje. Empieza la Misa y nos colocamos junto a Jesucristo, que se prepara, a través del sacerdote, para renovar el gran sacrificio, su ofrenda total en el Calvario. Al participar en la Misa con oraciones y cánticos, se expresa adecuadamente que la Misa es la ofrenda de toda la familia de Cristo, de todo el pueblo de Dios. Sin embargo, esto no es lo esencial. Lo esencial es que participemos personalmente. Ya sea que recemos en común o individualmente, tenemos que ser conscientes, a lo largo de toda la Misa, de que es Dios Padre quien nos espera y Dios Hijo el que actúa. Nuestra actitud debe ser ésta: «Sí, Jesús, sí... Habla por mí. Me uno a ti, me entrego a ti por entero. Toma mi amor, únelo a tu Amor infinito. Toma lo poco que soy, lo poco que valgo, lo poco bueno que he hecho, y únelo a tu ofrenda divina...»

Esto es lo que el Santo Sacrificio de la Misa debería significar para nosotros. Si asistimos con conciencia clara de que es importantísimo que nos unamos a Jesús en lo que El mismo

obra, nunca será para nosotros aburrida o pesada. Si hay un tiempo en nuestras vidas en el que debemos estar despiertos, alertas y tensos, ese tiempo es el de la Misa. Si hasta ahora lo aceptábamos como una obligación, casi como una penitencia, era, sin duda, porque olvidábamos lo importante que es que participemos en ella. Si nuestra actitud cambia, como sería de desear, ya no nos bastará con asistir a Misa los domingos y fiestas de guardar, porque se convertirá en el centro de nuestra vida espiritual.

Capítulo XIII

¿COMO REZAS?

Una vez, visitando Nuevo Méjico, hace ya muchos años, encontré un individuo que parecía desolado. Era un comerciante que empleaba su tiempo libre en buscar minas de plata. Había hecho una reclamación sobre una vasta extensión de terreno donde había encontrado rocas argentíferas. Los fines de semana, había ido excavando, a base de pico y pala, la ladera de una colina, con objeto de obtener las muestras necesarias y mandarlas analizar. El día en que le conocí, acababa de recibir el informe del laboratorio: el contenido de plata de aquellas rocas era tan bajo, que no justificaba la explotación comercial. Había perdido horas y horas de extenuante trabajo...

Si nosotros pudiésemos enviar muestras de nuestras oraciones a unos laboratorios celestiales para que las analizaran, tal vez quedásemos tan desolados como aquel pobre comerciante. Porque el informe quizá indicase que, entre la ganga de nuestras palabras, no había oración suficiente como para justificar el tiempo y el esfuerzo acumulados.

Hay dos cosas que determinan la calidad de nuestras oraciones: la atención y la intención con que rezamos.

Que debemos estar atentos, lo sabemos, porque lo aprendimos en el catecismo. Rezar no es recitar conjuros. El mismo Jesús nos lo advirtió: «Al orar, no hagáis como los gentiles que piensan que serán oídos a fuerza de palabras. No los imitéis, pues bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de pedírselo» (Mateo, 6, 78).

El Señor no condena, con esto, la oración de petición. Repetidas veces expresó claramente que Dios quiere que le pidamos ayuda. Aunque conoce nuestras necesidades, desea que reconozcamos que dependemos de El. Cada vez que nos dirigimos a Dios para pedirle una gracia o un favor, le estamos saludando y reconociendo como Padre amoroso y fuente de todo bien.

Lo que el Señor rechaza es la oración puramente mecánica, la repetición de palabras como algo valioso en sí mismo, con independencia de que sepamos o no lo que decimos. Es una forma de rezar que encuentra su expresión más extremada en los lamas del Tibet: llenan de papeles escritos con oraciones una gran rueda y la hacen girar, pensando que con eso basta.

La definición exacta de la oración cristiana es la del catecismo: «Orar es elevar el corazón y la mente a Dios, y pedirle mercedes». Las palabras dichas o escritas no significan nada, si nuestros sentimientos y nuestros pensamientos son ajenos a ellas.

Sabiendo esto, como lo sabemos, no deberíamos ponernos a rezar a menos que estuviéramos seguros de poder prestar atención a lo que decimos; o mejor dicho, a lo que hacemos, porque es más importante estar centrados en Dios que en cada una de las palabras que pronunciamos; éstas, al fin y al cabo, no son más que el sendero por el que nuestro espíritu se

encaminaba hacia Dios. Las palabras no son más que un medio de que mi cuerpo tome parte en mi acto de adoración, de tal forma que todo mi ser, alma y cuerpo, se eleve hacia El.

Puedo, por ejemplo, rezar la letanía del Sagrado Corazón para agradecer a Nuestro Señor los beneficios y gracias que derrama sobre mí, y, mientras le rezo, rebosar de agradecimiento sin darme cuenta apenas de las palabras que estoy pronunciando. Y al contrario: fijarme en las palabras, mascullarlas con servil atención, pero tener el corazón frío como un témpano y la mente en otro lugar. La primera es una buena manera de hacer oración; la segunda, no.

Sabemos perfectamente que la atención que debemos prestar a la oración no queda anulada por nuestras distracciones involuntarias, por muchas que sean. La mente humana es de lo más inestable: inquieta, retorcida, vagabunda, incapaz de realizar un esfuerzo sostenido. Podemos ponernos a hacer oración con el decidido propósito de estar atentos a lo que hacemos y, al cabo de tres minutos, comprobar que estamos pensando en las musarañas. Lo cual suele ocurrir, sobre todo, si estamos cansados, preocupados o excitados.

Esto no debe desalentarnos. Nuestra oración es agradable a Dios incluso si, mientras rezamos, tenemos que estar constantemente rechazando las distracciones. Es más, tal tipo de oración puede ser especialmente agradable a Dios. En la medida en que nos hayamos puesto a orar con recta intención y sincero empeño por prestar a Dios toda la atención que podamos, El valora nuestros esfuerzos.

La recta intención es un tema clave. En general, rezamos porque Dios quiere que recemos. Es un deber hacia el Creador que, como criaturas, tenemos. Rezamos, pues, por obediencia, por cumplir una grave obligación. Siendo éste el motivo fundamental, sería una estupidez que no rezáramos alegando

que no nos apetece, o que no sentimos nada. Rezar no es cuestión de talante, ni de conveniencia. No podemos justificar que no rezamos diciendo que no nos apetece, y tampoco que no tenemos tiempo. Es preciso sacar tiempo para la oración.

Menos aún nos justifica no rezar alegando que no obtenemos ningún beneficio de la oración, porque la finalidad de la oración no es obtener algo. Rezamos por complacer a Dios, porque El quiere que recemos. Podemos no sentir nada, podemos terminar nuestro rato de oración completamente secos, sin haber recibido la menor inspiración. No importa. A pesar de todo, nuestra oración sigue siendo muy grata a Dios.

Además de la intención fundamental de cumplir un deber con Dios, podemos tener otras intenciones secundarias. A pesar de lo que aprendimos en el catecismo, muchos de nosotros creemos que la oración consiste principalmente en pedirle cosas a Dios. No es lo fundamental, pero también es bueno, aunque no sea lo primero. Quien sólo rece con intención de pedir y olvide todo lo demás, tiene pocas probabilidades de que Dios le escuche. A menos que se anteponga a sus peticiones la adoración, la acción de gracias y el arrepentimiento, está poco cualificado para ser atendido. Si Dios ve que siempre que nos ponemos delante de El lo hacemos con las manos extendidas, solamente para pedirle cosas, es cierto que su Bondad no dejará de escucharnos; siendo como El es, tendrá piedad de nuestra ignorancia o tendrá paciencia con nuestro egoísmo, pero nuestras oraciones serán más bien mezquinas.

Hemos dicho que rezar es un deber para con Dios. El primer objetivo de ese deber es dar a Su infinita bondad, grandeza y santidad, la adoración que se merecen. Así, pues, hemos de tener ante El una actitud de reverencia y admiración, como criaturas ante su Creador, como hijos pequeños en presencia de su Padre. Le diremos que le amamos, que reconocemos que

dependemos de El, que se lo debemos todo; le suplicaremos que nos haga obedientes y leales hasta la muerte a sus divinos designios. Sabedores de que es la Sabiduría infinita y conoce perfectamente lo que más nos conviene, que nos ama y desea lo mejor para nosotros, le prometeremos hacer siempre su divina voluntad.

Todos estos sentimientos van implícitos en nuestro acto de adoración. Son los que encontramos en la oración que nos enseñó el mismo Jesucristo, el Padrenuestro y los que contiene el Gloria, el Credo de los Apóstoles, el de Nicea, y cualquier otra oración en la que alabamos a Dios: letanías, salmos, jaculatorias, etc. También las oraciones que dirigimos a la Santísima Virgen María y a los santos son, indirectamente, actos de adoración a Dios, pues, al honrarlos, honramos al Dios que, con su gracia, hizo posible su santidad.

Otro objetivo de la oración es dar gracias a Dios. Nuestras oraciones de acción de gracias deberían ser tan frecuentes al menos como las de petición. Porque son innumerables los dones que hemos recibido de El. Hemos de agradecerle que nos haya creado y nos haya destinado a gozar eternamente de su divina presencia; que nos haya redimido y nos perdone nuestros pecados; que nos haya otorgado gratuitamente el don de la fe; que nos haya librado de tantas tentaciones, de tantos peligros; que nos haya dado tan buenos padres y amigos, salud y éxito; o que haya permitido, para nuestro bien, esa enfermedad o ese fracaso... Pero, sobre todo, hemos de darle gracias, como hacemos en el Glorioso de la Misa, por ser tan glorioso como es.

Cualquier oración que recemos podemos convertirla en oración de acción de gracias: padrenuestros y avemarías, letanías y rosarios, novenas y jaculatorias. Sin embargo, sera bueno que, de vez en cuando, le demos gracias con palabras propias.

Si hemos adorado a Dios por su grandeza y bondad infinitas, si hemos reconocido que tenemos con él una inmensa deuda de gratitud, inmediatamente, y de manera casi automática, se irá formando en nuestro corazón y en nuestra mente una nueva intención: Hemos abusado del amor de Dios; le hemos rechazado una y otra vez, prefiriéndonos a nosotros mismos; hemos pecado. Así, pues, conscientes de nuestra rebeldía, le pedimos perdón. Un acto de contrición brota de los labios casi espontáneamente y, con nuestro arrepentimiento y dolor, surge el propósito de evitar el pecado y todo lo que pueda conducirnos a él.

Tal actitud se manifestará en actos de reparación: súplicas, Misas, obras de caridad, mortificaciones ofrecidas como expiación por nuestros pecados... Inspirados por nuestro amor a Dios, para quien tanto valen nuestras almas, encontraremos ocasión también para expiar por los demás. Le pediremos a Dios que conceda las gracias necesarias a aquellos pecadores, tan ciegos o tan endurecidos, que no son capaces de arrepentirse por sí mismos.

Si rezamos así, con atención y con recta intención, descubriremos el inmenso poder de la oración. Y no dejaremos nunca de rezar. Jamás iniciaremos nuestra jornada sin santificarla con la oración, sin darle los «buenos días» al Señor. Pueden ser sólo unos segundos, pero no hace falta más para decirle: «Señor mío y Dios mío, te adoro, te amo y te doy gracias por concederme vivir un día más. Te pido las gracias que necesite en este día para hacer tu voluntad». Podemos, si tenemos tiempo, desarrollar más ampliamente estas ideas y sentimientos, pero, en cualquier caso, siempre habremos enfocado nuestra jornada de cara a Dios.

Y lo mismo por la noche. Por muy cansados que estemos, no nos vayamos a la cama sin agradecerle los dones recibidos a lo

largo del día y sin pedirle perdón por los pecados y faltas que hayamos cometido.

Esto no excluye, en absoluto, que recemos también en otros ratos del día. ¡Qué bueno sería que dedicáramos todos los días un rato a hacer oración mental! ¡Qué bueno sería que rezáramos todos los días el Santo Rosario!... En todo caso, que no pase un sólo día sin que le pidas a Dios: «Dios mío, ¡ayúdame a rezar bien!..

Capítulo XIV

VALOR Y COMPASION

Jorge había sido un hombre muy favorecido por la vida. Había tenido unos padres buenos y cariñosos y una niñez feliz. Su mente era despierta y siempre sacó buenas notas. Tuvo éxito en la vida y su posición era más que desahogada. Se casó con una mujer guapa y muy dispuesta, excelente ama de casa y buena madre de familia; además, adoraba a Jorge, a quien consideraba el mejor hombre del mundo... En resumen: que tuvo una existencia feliz, en una atmósfera tranquila, libre de tensiones y de frustraciones. Su vida, pues, había sido irreprochable, gozando de una merecida buena reputación.

La vida de Juan había sido otra cosa. Tuvo una juventud amarga, pues sus padres se llevaban mal, discutían constantemente y amenazaban con separarse. Fuese por sus taras emocionales o porque no era demasiado inteligente, sus notas eran casi siempre malas. Obtuvo a duras penas un título universitario, casi por condescendencia, y luego un modesto empleo, justo para malvivir. Sin posibilidades de ahorrar, temía siempre perder su puesto de trabajo y caer enfermo o sufrir un accidente grave. Había vivido en un barrio modestísimo, ruidoso y poco recomendable, con casas antiguas y apiñadas.

Su mujer era apática y, además, gruñona. Tal vez por eso, Juan bebía demasiado, perdía los nervios con frecuencia y decía palabras malsonantes. Evidentemente, no hubiese podido ser nunca candidato al título de «El hombre más virtuoso del año». Ambos eran católicos y cumplían con sus deberes religiosos. Jorge iba a Misa y comulgaba a menudo; Juan, sólo los domingos, las fiestas de guardar y algunas otras fechas señaladas. Dios se los llevó casi al mismo tiempo, con pocos días de intervalo, y los dos comparecieron ante El para ser juzgados. Fueron ambos al cielo, pero el juicio les deparó sorpresas considerables. La de Jorge consistió, principalmente, en que no obtuvo «el puesto» que se esperaba. «Sí, fuiste bueno —le dijo Dios—, pero ¿cómo no ibas a serlo? Apenas tuviste contrariedades ni problemas. Tus pasiones eran por naturaleza moderadas y no tuviste en tu vida fuertes tentaciones. Has sido un hombre virtuoso, sí, pero debías haber sido un hombre santo...»

Juan, por su parte, tuvo una sorpresa todavía mayor, porque «pasó por delante» de Jorge y quedó situado más alto. «Sin duda podías haber sido mejor —le dijo el Señor—, pero, al menos, luchaste. No te compadeciste en exceso de ti mismo y nunca tiraste la toalla. Teniendo en cuenta tus insuficiencias y tus circunstancias, no lo hiciste mal del todo y aprovechaste muchas de mis gracias...»

Esta modesta parábola trata de mostrar una verdad que, a menudo, queda desfigurada y olvidada: que el pecado y la virtud no se pueden apreciar exactamente considerando tan sólo lo que aparece en la superficie. Si todos nacióésemos con los mismos dones naturales, si todos viviésemos rodeados de las mismas circunstancias, si tuviésemos todas las mismas oportunidades y afrontásemos las mismas tentaciones, podríamos decir, sin temor a equivocarnos: «Fulanito es

bueno; Menganito es malo». Pero las cosas no son así de simples y, por eso, sólo Dios puede juzgar a cada hombre. Solo El sabe lo que cada uno ha puesto de su parte para no desperdiciar las gracias que ha recibido, dada su personalidad y sus circunstancias individuales.

Sabido esto, lo primero que necesitamos todos es valor, energía, coraje. Todos tenemos limitaciones. Pocos son los que, cuando llegan a adultos, gozan de una personalidad perfectamente equilibrada. Menos aún quienes logran evitar heridas y revolcones. Además, las pasiones pueden ser muy fuertes, la voluntad débil y el entendimiento corto. Las condiciones de vida, adversas y nuestro entorno social, desfavorable. Las preocupaciones, muchas, y la tensión, constante...

Dios conoce todo esto, y, a cada uno de nosotros, sólo nos pide que hagamos lo posible para afrontar nuestra situación personal con energía y constancia; que luchemos, que nos esforcemos por salir adelante, por muchas que sean nuestras caídas o nuestros fracasos. Dios no espera de nosotros tanto una victoria completa o definitiva como un esfuerzo constante. Es lo que intentamos, más que lo que logramos, lo que Dios juzgará en su momento.

Puede ser que nada de esto tenga aplicación en nuestro caso. Tal vez hemos gozado de una situación en la vida que nos ha facilitado enormemente evitar el pecado y ser «como Dios manda». Si es así, seguro que Dios espera mucho más de nosotros. No basta con que seamos «buenos»; quiere que seamos santos. Conoce tanto nuestro «activo» como nuestro «pasivo», y no le agrada que nos conformemos con «vivir de las rentas», con ser «naturalmente virtuosos»... Pero lo más probable es que no sea así, sino que hayamos pecado, tengamos defectos serios y caigamos a veces en las tentaciones. En ese

caso, lo que necesitamos es valor en nuestra lucha diaria; que nos animen a luchar, no que nos claven rejonos. Y el mejor ánimo que podemos recibir es que Dios nos conoce y valora todas nuestras limitaciones y todas nuestras circunstancias.

En la misma medida en que aumenta nuestro valor para esforzarnos por hacer la voluntad de Dios, debe aumentar nuestra comprensión por el prójimo y sus problemas. Esto quiere decir que no debemos escandalizarnos de los errores, debilidades y defectos de los demás. Así, nunca seremos críticos amargos, jamás murmuraremos. Debemos recordar siempre que, a pesar de nuestra situación privilegiada, tal vez estemos haciendo por Dios menos que «ése» que hace tan poco. El hombre —o la mujer— que critico o condeno, puede estar mejor considerado que yo a los ojos de Dios.

Nunca conoceremos todas las influencias ocultas que determinan los actos de los demás: cómo fueron sus padres, qué pasó en su juventud, qué amargas experiencias han tenido. Pero Dios sí lo sabe y todo lo tiene en cuenta. ¿Cómo, sin saberlo, me atrevo a erigirme en juez de la virtud de mi prójimo?

Verdad es que no puedo pasar por alto, como si no me atañeran o no tuvieran importancia, los actos pecaminosos que cometen los demás. Ahora bien, mi actitud hacia quien peca debe ser siempre de compasión, no de desprecio. Si puedo, le corregiré a solas, con caridad y energía, y, si no puedo, rezaré por él. Pero jamás una murmuración debe salir de mi boca.

La compasión es, sin duda, un elemento fundamental de la caridad con el prójimo. Seré capaz de calibrar si la tengo, analizando mi espíritu crítico.

Uno de los rasgos más característicos de Nuestro Señor, mientras vivió entre nosotros, fue precisamente éste. Junto al pozo de Jacob, se compadeció de la Samaritana, que vivía en

concubinato. Y también de los publicanos, que tenían fama de deshonestos. Y de María Magdalena, pecadora pública, y de Juan y Santiago, que eran unos ambiciosos; y del desconfiado Tomás; y del testarudo Pedro... Sólo con los fariseos se mostró Jesús sumamente severo; hombres que gozaban de una posición privilegiada: respetados, cultos... Pero condenaban a los demás y oprimían a los humildes. Y como Jesús era Dios y leía en sus corazones podía juzgarles, y lo hizo. Nosotros, sin embargo, no tenemos derecho. Cuando acudan a nuestros labios palabras amargas que creemos justas, recordemos que no somos Dios, que no podemos leer en los corazones. Nos compadeceremos, rezaremos y guardaremos silencio.

Nuestra vecina es un amade casa chapucera y torpe. De acuerdo, ¿pero recibió la misma educación que tú? ¿Goza de buena salud? ¿Es una mujer feliz, o desgraciada?... Su marido es un fanfarrón, que no cesa de darse importancia. Sí, pero, ¿sabes por qué? ¿conoces el complejo de inferioridad que tal vez le abruma, la necesidad que tiene de autoafianzarse?... Aquella pobre viuda que vive enfrente es insoportable. No sabe hablar más que de sus dolores y de sus achaques. De acuerdo, pero, ¿te has dado cuenta de que vive sola, de que es desgraciada y necesita alguien con quien desahogarse?... Mi jefe es un tirano, un hombre insufrible que trata a sus subordinados como esclavos y no tiene jamás una palabra amable. No lo dudo. Pero, ¿has pensado, las frustraciones e inseguridades que le conducen a comportarse de manera tan desagradable?...

Consideraciones como éstas son las que impulsan a tener compasión, a ser comprensivo y a evitar la murmuración y la crítica amarga.

¡Valor y compasión! Virtudes gemelas que harán de la práctica de nuestra religión algo gozoso y amable. Seremos valerosos y

alegres cuando nos esforcemos por ser virtuosos, porque recordaremos que Dios no nos pide nunca más de lo que somos capaces de hacer. Conoce nuestra capacidad, pero también nuestras limitaciones. Haremos todo lo que podamos y Dios pondrá el resto.

Trataremos al prójimo amablemente, porque lo comprenderemos. Nuestra compasión nos hará considerar sus posibles insuficiencias, problemas y defectos, que sólo Dios conoce. Y siendo compasivos, descubriremos, quizá con sorpresa, que tener caridad es mucho más divertido que ser resentidos, amargos y críticos. En la murmuración y la crítica, en el empeño en juzgar al prójimo y escudriñar sus defectos, hay siempre un veneno que corroe y destruye el corazón de quien se emplea en ello. La compasión y la comprensión, por el contrario, proporcionan un optimismo, una creatividad que engrandece el alma; casi un sentimiento de exultación.

Si somos compasivos, seremos más felices. Además, hay pocas virtudes que tanto nos acerquen, como ésta, al corazón de Cristo.

Capítulo XV

GUARDIAN DE MI HERMANO

En estos últimos tiempos, la palabra solidaridad se ha puesto de moda. Es, en efecto, un sentimiento —o una actitud— capaz de hacer feliz a una pareja, de convertir un hogar en refugio seguro, de actuar como fuerza dinámica en una sociedad. Si, la solidaridad es algo muy hermoso, pero necesita un fundamento sólido. Sus promotores la han convertido en una especie de panacea universal. El mundo marcharía mucho mejor —dicen— y todos seríamos más felices si fuésemos solidarios... Es decir, que se promueve la solidaridad por motivos egoístas

y, en consecuencia, los cínicos y los humoristas la ponen en solfa...

La realidad es que la solidaridad —la verdadera solidaridad— es algo que está en la entraña misma del mensaje cristiano, aunque los seguidores de Cristo no la llamemos así, sino caridad, amor o cariño. Jesús, en el Evangelio, insiste una y otra vez en la idea de que no podemos amar a Dios de veras si no amamos al prójimo. Tenemos que ser como las células del cuerpo humano, que trabajan juntas por el bien de todo el cuerpo. Como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, no podemos aislarnos de nuestros hermanos.

En la última Cena, Jesús rezó así por nosotros: «Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que sean uno, como nosotros somos uno» (Juan, 17, 21). Ahora bien, si Jesús desaparece de escena, si le suprimimos, todo pierde su sentido. La solidaridad se convierte en una broma. Somos uno sólo porque somos una sola cosa en Cristo.

Nosotros, los católicos norteamericanos, solemos ser, como nuestros demás compatriotas, sumamente individualistas. Al fin y al cabo, somos producto de la cultura en que vivimos, y la nuestra se basa más en la competitividad que en la cooperación.

¡Adelante, siempre adelante! ¡Vive tu propia vida! ¡Desarrolla tu personalidad! ¡Atrévete a ser tú mismo!...» Tales son los reclamos que hemos oído miles de veces. Y así, hemos concentrado toda la atención en nosotros mismos y quizá en nuestra familia, pero sólo como un apéndice nuestro.

Y no es que como católicos ni como norteamericanos tengamos, por naturaleza, un corazón duro. Al contrario, si algo nos caracteriza no es la sequedad, sino el sentimentalismo. Si los periódicos nos cuentan que un pobre niño va a morir de leucemia, le llueven cartas y regalos. Si estalla un tornado, hay

una inundación o se produce un terremoto, toda la nación se moviliza. Si un criminal es condenado a muerte, se produce una inmensa marea de petición de clemencia...

No, no somos insensibles. Somos olvidadizos. Damos cestas de comida a los pobres el Día de Acción de Gracias y canastillas a los recién nacidos en Navidad, pero nos olvidamos de que los pobres tienen que comer todos los días del año y los niños no sólo nacen en Nochebuena. Y no es que seamos extremadamente egoístas, es que estamos tan inmersos en nuestros asuntos y tan preocupados con nuestros problemas, que no pensamos en los demás a menos que irrumpen violentamente en nuestras vidas.

Recuerdo el caso de un conocido mío al que encontré en el velatorio de su mejor amigo. «No puedo perdonármelo —me dijo—. Le han matado los problemas económicos. Por eso ha tenido ese ataque al corazón. Tenía infinidad de razones para sospecharlo, pero me desentendí del asunto... Si le hubiese ayudado, tal vez ahora no estuviera muerto. Pero mi maldito egoísmo...»

Mucho me temo que este reproche también nos lo podríamos hacer nosotros en bastantes ocasiones. Andamos tan azancados con nuestras propias preocupaciones y problemas que no se nos ocurre pensar que los demás los puedan tener todavía mayores. Así, somos incapaces de aliviar la carga de nuestro prójimo. Además, no nos damos cuenta de que, cuanto más inmersos estemos en nuestros propios intereses, con olvido de los demás, más nos alejaremos de Jesucristo, que pasó toda su vida haciendo el bien desinteresadamente, no sólo en lo espiritual, sino también en lo material. Nunca estuvo tan absorto en su misión de enseñar como para olvidarse de las necesidades ajenas. En la piscina de Bethesda, se detuvo para curar al parálítico que no tenía a nadie que le sumergiera en el agua

cuando el ángel bajaba y removía las aguas. En Naím, resucitó al hijo único de una viuda, conmovido por su dolor. Y lo mismo hizo con Lázaro, su amigo, ante el dolor de sus hermanas. Y, camino del Calvario, se detuvo para consolar a las mujeres que lloraban y se condolían de El. Y ya en la Cruz, rogó al Padre para que perdonara a sus propios verdugos... Siempre, siempre, los demás y sus necesidades.

Pues bien, si queremos saber lo cerca que estamos de Jesús y si somos o no una sola cosa con El, debemos preguntarnos a menudo: ¿Me preocupo por los demás? ¿Atiendo a sus necesidades?... Tal vez nuestras posibilidades de ayuda material sean muy limitadas; tal vez seamos generosos con nuestro dinero y no podamos hacer más de lo que hacemos. Pero no se trata de eso, porque la caridad exige mucho más de nosotros. Buena prueba de ello es que estaríamos dispuestos a dar lo que fuera para aliviar las penas de alguien, con tal de no tener que pensar en ellas; que damos fácilmente nuestro dinero, si lo tenemos, pero no nuestro tiempo...

No hace mucho, en una reunión del Comité de Damas de Ayuda Parroquial, expuse el caso de una feligresa que estaba a punto de tener su sexto hijo, y no encontraba nadie que estuviera dispuesto a atender a los otros cinco durante su permanencia en el hospital. Su búsqueda de una persona de confianza había fracasado por completo, aunque estaba dispuesta a pagarla bien... Las damas allí presentes se ofrecieron enseguida a buscarle una —aunque sabían perfectamente que no la encontrarían— e incluso a pagarla, pero ninguna se ofreció a echarle una mano, aunque la mayoría eran señoras mayores, de posición desahogada y sin niños pequeños a su cargo. Con que se hubiesen repartido la tarea, habrían salido a una media de doce horas escasas, pero ninguna

de ellas estaba dispuesta a dar un poco de su tiempo, es decir, a sacrificarse...

Una vez que empezamos a preocuparnos por los demás, nos damos cuenta de que tienen necesidades y de que las oportunidades de practicar la caridad cristiana son innumerables. Por otra parte, nuestra oración se enriquece, porque tenemos que pedir por muchas nuevas intenciones. ¡Cuántos motivos para hacer oración cuando sentimos de veras las desgracias y los problemas del prójimo! Rezaremos para que Juan, que está en paro, encuentre pronto trabajo; para que Mary y Carlos no rompan su matrimonio; para que Andrés vaya a Misa; para que Pepe se confiese; para que Miguel deje la bebida; para que Laurita rompa con el sinvergüenza de su novio; para que nuestro párroco cumpla fielmente su ministerio y nuestro obispo no se muerda la lengua; para que... la lista será cada vez más larga, y las oraciones por nosotros mismos y por nuestros familiares más aceptables a Dios, porque nuestra caridad será cada vez más dilatada.

Pero no basta con rezar. También hay que actuar. Observaremos que los hijos de nuestros vecinos de al lado no asisten a la catequesis parroquial y nos ofreceremos a llevarlos con los nuestros; que los vecinos de enfrente no asisten los domingos a Misa, y les animaremos a hacerlo; que unos amigos nuestros no salen nunca porque no tienen con quien dejar a los niños, y nos ofreceremos a quedarnos nosotros de vez en cuando con ellos; que aquella pobre viuda se ha quedado paralítica, y la visitaremos, para acompañarla un rato y llevarle algún pequeño obsequio... ¡Hay tantas, tantas maneras de llevar un poco de felicidad, alegría y consejo a la vida de los que nos rodean! ¡Es tanta, tanta la alegría que inunda el corazón de Nuestro Señor con ello!

Pero nuestra preocupación por los demás no debe limitarse a la oración y a la atención de las necesidades de los que conocemos. Debemos ser también conscientes de nuestras responsabilidades como miembros de una comunidad parroquial. Sería una pena que nos encogiésemos de hombros ante las insistentes llamadas de ayuda de nuestro párroco. Tal vez reclame simplemente tu colaboración para pasar el cepillo o para formar parte del coro, pero puede ser también que sea para enseñar el catecismo a los niños o dar unas conferencias para adultos; puede ser una invitación para que te unas a una Cofradía, a las Conferencias de San Vicente de Paúl, a la Legión de María, a los Movimientos Matrimoniales o a cualquier otro grupo apostólico aprobado por la Jerarquía.

Si es así, no te inhibas, no te disculpes. No digas: «No tengo tiempo». Reflexiona y dí más bien: «Ahora es el momento»...

Una aguda sensibilidad hacia las necesidades materiales y espirituales de los demás. Preocupación por el prójimo. Deseo de hacer algo. Ansias de manifestar mi amor a Dios amando, con obras y de verdad, a mis hermanos los hombres. Tal es la verdadera solidaridad de quienes queremos ser una sola cosa con Cristo.

Capítulo XVI

¿QUE HACES POR CRISTO?

¿Cuántas personas has acercado a Cristo este año? ¿Y el año pasado? ¿Y en los últimos diez años? ¿Y en toda tu vida? ¿Hay alguien que, con toda verdad, pueda decir que, gracias a tu ayuda, se ha hecho católico y ha conocido la fe verdadera?

En los Estados Unidos hay actualmente unos sesenta millones de católicos, es decir, menos de la tercera parte de la población total. Dando por supuesto que dos tercios sean niños, tenemos

unos veinte millones de católicos adultos. En un año, el número de conversos que entraron en la Iglesia fue de unos 150.000, lo cual quiere decir que sólo hubo un convertido por cada 133 católicos adultos. El promedio no es nada alentador, porque, si uno de ellos convirtió a ese único converso, ¿qué hicieron los otros 132?... Imaginemos lo que sucedería, en el plazo de unos cuantos lustros, si cada católico convirtiese, cada año, a una sola persona., La inmensa mayoría de la población de los Estados Unidos sería ya católica...

¿Que es mucho pedir?... En absoluto. Basta con recordar que en los primeros tiempos del Cristianismo, cada cristiano convertía a infinidad de paganos a lo largo de su vida. ¿No será que nos falta celo, dinamismo, una fe viva?...

Muchos católicos piensan que convertir a otras personas a la Fe de Cristo es tarea exclusiva de sacerdotes y religiosos. Nada más falso. Antes de subir a los cielos, Jesús dijo que debíamos ser testigos suyos hasta los últimos confines de la tierra (Hechos, 1, 8). Se lo dijo a los Apóstoles, sí, pero en ellos estábamos representados todos. Verdad es que la instrucción final de los convertidos y su recepción formal en la Iglesia es cosa de la Jerarquía, pero eso no excluye nuestra intervención activa. De hecho, en la mayoría de los casos, quienes acaban convirtiéndose empezaron a acercarse a la Iglesia Católica gracias a las palabras y el buen ejemplo de algún amigo católico, o conocido suyo.

¿Estamos convencidos de que tenemos que ser testigos de Cristo? ¿Sabemos que hemos sido llamados, todos, a ser apóstoles y misioneros?...

Esa vocación —esa llamada— la hemos recibido con el Bautismo. Incorporados a Cristo nos convertimos en miembros de su Cuerpo Místico. Y lo característico de un miembro o de un órgano sano es contribuir al bienestar y desarrollo de todo el

cuerpo. Seremos miembros inútiles si no contribuimos a que crezca, si no cooperamos activamente con los demás miembros. Pero es que, además, en el Bautismo nos hacemos partícipes de la función sacerdotal de Cristo, en un sacerdocio distinto esencialmente de los que reciben las Ordenes Sagradas, pero que nos capacita para ofrecer, unidos a El, una adoración aceptable a Dios, y una de las mejores formas de adorarle es conseguir que otras almas también le adoren. Lo que más le preocupa a Dios —hablando a lo humano— es que todos los hombres le conozcan y le amen.

Nuestra vocación apostólica y misionera quedó reforzada con el Sacramento de la Confirmación, que nos da mayor participación en el sacerdocio de Cristo. La Confirmación nos capacita para enseñar, para participar de la misión evangelizadora y profética de Cristo, y, al mismo tiempo, nos otorga un poder real para ganar almas para Cristo. Y con el poder, las gracias necesarias; cuando explicamos a los demás la fe que profesamos, recibimos las gracias precisas capaces de suplir nuestras deficiencias, de tal forma que no tengamos que preocuparnos si nos parece que poseemos poca habilidad de persuasión.

Al establecer el Sacramento de la Confirmación, Jesús no quiso tan sólo darnos un medio personal para fortalecer nuestra fe, sino también la de los demás. Quiso que, gracias a nuestra fortaleza, otros se salvaran también. Jesús nos envía el Espíritu Santo para que, mediante nuestra sabiduría sobrenatural, muchos puedan llegar a conocer las verdades divinas. ¡Qué gran responsabilidad desperdiciar esos poderes, esa sabiduría... «Bueno —dirá alguno— yo no hago todo eso, pero, al menos, me preocupa el desarrollo de la Iglesia... Contribuyendo generosamente a las misiones, ayudo a diversas instituciones apostólicas y rezo por ellas...» ¡No faltaría más! Eso es lo

menos que un cristiano puede hacer. Pero no basta. Porque todos tenemos el deber de llevar a Cristo a aquellas personas que conocemos, con las que trabajamos y con las que nos relacionamos.

Siendo así, ¿por qué son tan pocos los católicos que llevan a cabo una labor auténticamente apostólica y misionera?

En muchos casos, puede deberse a un claro complejo de inferioridad. Temen discutir con un agnóstico o con un ateo porque piensan que les faltan argumentos, que no saben lo bastante como para defender la fe que profesan... Si esa ignorancia es real, tiene fácil remedio: formarse doctrinalmente, leer, estudiar. Hay infinidad de libros buenos que cumplen perfectamente ese objetivo de formar doctrinalmente. Basta con preguntar al párroco o a un buen sacerdote para asesorarse debidamente. Si, de verdad, nos faltan conocimientos, es por nuestra culpa, porque somos perezosos o indolentes, y de ello se nos pedirán cuentas cuando muramos, en nuestro juicio particular.

Sin embargo, es evidente que muchos católicos tienden a exagerar su ignorancia religiosa. Sin duda saben más de lo que creen, sobre todo si han crecido en el seno de una familia cristiana, han estudiado el catecismo y han frecuentado una escuela católica. Es casi seguro que un católico practicante sepa más sobre su religión que quien no cree o no practica. Habrá, desde luego, cosas a las que no sabrá responder, pero muchas menos que aquellas otras capaces de despertar interés o inquietud en el no creyente o en el que no practica.

Lo más probable es que nuestra resistencia o nuestro miedo a hablar de Cristo provenga de injustificados respetos humanos más que de un auténtico complejo de inferioridad. Tememos que nos rechacen, ofendan o ridiculicen si reconocemos que somos católicos practicantes y procuramos vivir nuestra fe. Un

miedo sin duda absurdo. Tal vez encontremos, de vez en cuando, una persona tan agresiva o tan endurecida que no quiera saber nada de religión, pero siempre será la excepción. Lo habitual será que nuestro interlocutor se interese por lo que decimos, aunque sólo sea por curiosidad; pero, en la mayor parte de, los casos, será un interés auténtico, personal. Cualquier persona inteligente que tenga ideas vagas e imprecisas en materia de religión, se habrá preguntado alguna vez: «¿Para qué estoy aquí? ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Vale para algo lo que hago?». Este tipo de personas no sólo no rechazarán lo que les digamos, sino que estarán deseosas de hablar de religión.

Quizá perdamos el miedo a hablar de religión cuando comprobemos que nuestros amigos se interesan por lo que hacemos para mantener viva nuestra vida espiritual. Si les invitamos a participar con nosotros en unas charlas de formación, a visitar a Jesús Sacramentado, a rezar el Santo Rosario o a asistir a un retiro espiritual, nos será más fácil entablar luego con él una charla amistosa, personal, sobre temas de religión.

Somos católicos. Estamos bautizados y hemos sido confirmados. Tenemos, pues, una clara vocación apostólica y misionera. Si la hemos olvidado o menospreciado, ha llegado el momento de rectificar. «Durante los próximos doce meses, con la ayuda de Dios, procuraré acercar muchas almas a Cristo y, a ser posible, que por lo menos una abrace la verdadera fe». Si haces este propósito, y lo concretas —con nombres y apellidos—, te habrás embarcado en una gozosa experiencia y descubrirás lo fácil que es ser apóstol y misionero. Nunca te volverás a avergonzar de proclamar lo que crees y, casi sin darte cuenta, te encontrarás en condiciones de llevar al sacerdote a ese amigo tuyo que no practica o que dice no creer.

¿Y cómo actuar? De la forma más directa, sencilla y natural posible. Charlando con él, en la sobremesa, al salir del trabajo o en la mesa de un bar, surgirá la pregunta: «¿No has pensado nunca en hacerte católico?». O bien: «¿Por qué no te confiesas y sales de una vez de esa situación absurda que te aleja de Dios?». Preguntas como éstas, directas, incisivas, hechas con caridad, suelen ser más fructuosas que una larga discusión intelectual. Además, abren el camino para dar pasos concretos: unos cursos de instrucción en la fe católica, unas charlas de formación, unos ejercicios espirituales o unos días de retiro... A veces, pedirle a un amigo que nos acompañe a Misa —con una explicación previa de su significado— puede ser el comienzo de una conversión. Y lo mismo puede decirse de los medios de formación.

Una vez que estés convencido íntimamente de que tienes una vocación apostólica y misionera, encontrarás mil formas diversas de ponerla en práctica. Y te llenarás de confianza, pues te darás cuenta de que es una verdad divina, no una elucubración humana, lo que quieres comunicar.

Dios está más interesado que tú en que esa persona se convierta, en que esa otra abandone su situación de pecado y se reconcilie con El, en que aquélla le siga más de cerca y empiece a dar frutos apostólicos, como tú... Y a cada paso que des, la gracia de Dios estará bombardeando el alma de esos amigos tuyos para encontrar un resquicio por el que penetrar y moverles el corazón.

Si empiezas a tomarte en serio tu vocación misionera y apostólica, cuando, al cabo de un año, alguien te pregunte lo que has hecho por Cristo, por extender su Fe, podrás darle una respuesta positiva. Y aunque nadie te la haga, Dios sí te la hace, y espera de ti que no tengas que enmudecer...

Capítulo XVII

COMO MUERE UN CRISTIANO

¿Tienes miedo a la muerte? Si te despiertas una noche con fuertes palpitaciones y una sensación de ahogo, ¿piensas inmediatamente, aterrado, que vas a morir? Si sales ileso por los pelos de un grave accidente de automóvil, ¿tiemblas y te estremeces durante horas y horas? Si ves el cadáver destrozado de un hombre al que acaban de atropellar, ¿piensas enseguida en tu propia fragilidad? Cuando muere un amigo íntimo o un pariente tuyo, ¿te deprime la idea de que un día u otro llegará tu hora?

Si la respuesta a todas estas preguntas es SI, puedes estar tranquilo, eres una persona normal. El miedo a la muerte es algo saludable, un mecanismo de autodefensa con el que Dios nos ha dotado para que vivamos el tiempo que tenemos que vivir. Si no fuese por ese miedo a morir, asumiríamos riesgos innecesarios y apenas nos cuidaríamos de mantener la salud. Una protección adecuada de nuestra propia vida es un deber que Dios nos ha impuesto en el Quinto Mandamiento, deber cuyo cumplimiento nos ha facilitado poniendo en cada uno de nosotros ese miedo a la muerte que se conoce con el nombre de «instinto de conservación».

La angustia que nos ocasiona el pensar en la muerte se ve intensificada con el de los dolores y sufrimientos que generalmente la preceden y, también, con el miedo a lo desconocido. La fe nos dice que la vida en el cielo no será demasiado distinta de ésta, pero sí que es «otra cosa»... ¿Perderé mi identidad? ¿Seré realmente feliz? Nuestra reacción ante la otra vida viene a ser como la del esquimal que ha vivido siempre entre la nieve y le hablan de las maravillas de los climas cálidos. Escucha pacientemente la descripción del

paisaje, de las delicias del sol, de los frutos del campo, del piar de los pájaros y, al final, pregunta: «Si, todo eso debe estar muy bien, pero ¿podré cazar focas?». Y es que somos sumamente reacios a «cambiar» nuestros gustos favoritos y nuestros gozos acostumbrados por otros desconocidos y pobremente descritos que nos ofrece la eternidad. Actitud que sólo con una fe viva y profunda podemos superar.

Así como hay un miedo saludable a la muerte, que es bueno tener, existe un miedo morboso e insano que conviene evitar. Quien lo padece vive obsesionado con el pensamiento de que va a morir, le aterra caer enfermo o tener un accidente y huye constantemente de la imagen de la muerte, hasta el punto de ser incapaz de contemplar un cadáver o asistir a un entierro.

No es ése el miedo saludable a la muerte de que hablamos aquí. Este en cuanto reacción natural común a todos nosotros, no es buen termómetro para medir nuestra temperatura espiritual. Porque el temor a la muerte no es lo mismo que el temor al infierno. Podemos estar tan convencidos como es posible estarlo humanamente de que nos hallamos en estado de gracia y, sin embargo, estremecemos ante la idea de la muerte, porque las emociones y los sentimientos no son algo que se puedan encender o apagar como una bombilla, dándole al conmutador; no obedecen fácilmente a la disciplina de la razón, ni tampoco a la de la fe.

Hay personas que piensan que sentir miedo a la muerte es algo vergonzoso, que quien tiene fe no debería sentir ese miedo, y por eso, alardean de que no les importa morir. Lo más probable es que esas personas nunca se hayan encontrado cerca de la muerte o que la teman tanto, que disimulan para infundirse valor.

Quizá alguien se pregunte: Si temer la muerte es algo tan normal, ¿por qué los santos parecen haber sido inmunes a ese

sentimiento? San Pablo deseaba morir para unirse con Cristo, y San Lorenzo y Santo Tomás Moro bromearon con sus verdugos. Los primeros mártires cristianos iban cantando gozosamente al encuentro de las fieras. ¿Acaso el miedo a la muerte será incompatible con la santidad?

En realidad, no se trata de eso. Los santos no se dedicaron a aplastar ese miedo como una debilidad impropia de ellos; lo que pasa es que tal emoción palidecía frente a otra mucho más fuerte, como el sol, al salir, hace palidecer a la luna. No se trata de que los santos tengan que tener menos miedo a la muerte física que tú y yo; es que, para ellos, esa realidad queda oscurecida por su anhelo de poseer a Dios plenamente cuanto antes.

Hace algún tiempo, me contaron que un chico atravesó de golpe una puerta de cristal para lanzarse en brazos de su padre, al que vio bajar de un taxi. Acababa de regresar, tras un largo viaje, y el chaval, ansioso de reunirse con él, se olvidó de la puerta en cuestión. Ni siquiera se enteró de que se había cortado hasta que su padre se lo hizo notar. Y no es raro oír hablar de padres y madres que se han lanzado a las llamas o a las heladas aguas de un lago para rescatar a un hijo. En tales casos, una emoción tan irreprimible como es el miedo se ve anulada por otra todavía más fuerte: el amor. Este no ha arrojado de nuestro corazón el miedo, pero lo ha convertido en algo irrelevante.

Tal vez haya llegado el momento de preguntarse cómo debe morir un cristiano. La respuesta es clara: deberíamos morir sanamente, es decir, mirando al cielo con ojos tan llenos del anhelo de Dios que no nos preocupara en absoluto esa puerta previa de la muerte, que hemos de atravesar. Si en estos momentos comprendemos que nos falta ese amor; no debemos resignarnos y cruzar nos de brazos. Dios nos dará ese amor si

se lo pedimos y ponemos lo que esté de nuestra parte para adquirirlo. Eso quiere decir que tenemos que rezar mucho y también que tenemos que ejercitarnos en el amor a Dios amando a nuestro prójimo. Porque la mejor manera de manifestar nuestro amor a Dios —y crecer en ese amor— es amar a nuestros hermanos. Cada vez que somos generosos con los demás, cada vez que les perdonamos o nos mostramos pacientes o les ayudamos, nos sentimos más cerca de Dios. Basta probar, para darnos cuenta que se nos hacen más próximos, más reales, más dignos de amor.

También podemos aumentar nuestra hambre de Dios leyendo y meditando libros que nos hablen de El, de su naturaleza, de sus atributos y de lo que significa poder contemplarle cara a cara en el cielo. La prensa, el cine, la radio, la televisión, llenan nuestra cabeza de ideas e imágenes mundanas, que tienen un valor muy relativo. Sin embargo, apenas nos llega nada de aquello que tiene para nosotros un valor de eternidad. Sabemos más cosas de la vida íntima de la reina de Inglaterra que de la de Dios; estamos al tanto de lo bien que se lo pasan los famosos, pero no nos preocupamos de imaginar el gozo de los santos en el cielo; conocemos al dedillo cómo son y cómo viven los campeones deportivos, pero ignoramos la vida de los santos que nos precedieron... Creemos, desgraciadamente, que la lectura espiritual es algo propio de frailes y de monjas, como si fueran los únicos que necesitan pensar en la muerte y en el cielo.

No es posible amar a quien no se conoce. Por eso, no podemos amar a Dios si no lo conocemos. No podemos saber cómo es la otra vida si no nos informamos, si no reflexionamos, si no leemos. Si nuestra idea del cielo es la misma que teníamos cuando íbamos al colegio, no es extraño que no nos ilusione nada traspasar la barrera de la muerte. A lo largo de la vida,

aprendernos infinidad de cosas sobre el amor humano, porque amamos y somos amados. Sin embargo, pensamos sobre el Amor divino y el lugar donde se consumará ese amor —que no otra cosa es el cielo— en los términos más abstractos y vagos que imaginarse pueda. Por eso, frases tales como «ver a Dios» o «estar unidos a Dios» nos dejan fríos.

Es preciso que nos esforcemos por comprender lo que significa quedar sumergidos en el poderoso abrazo del Amor Absoluto, en ese amor indescriptible, pero personalísimo, mediante el cual yo seré todo de Dios y Él todo mío; una misión por la que mi alma, convertida en llama de amor, arde con una pasión inefable y gozosísima; una fusión tan arrebatadora que hace inevitable el éxtasis, un éxtasis que excluye cualquier sombra de dolor, porque no terminará nunca... Sí, cuando seamos capaces de captar, aunque sólo sea un poquito, la verdadera naturaleza de la visión directa de Dios, del amor y la felicidad que gozaremos en el cielo, la muerte dejará de mostrarnos su sombría faz y perderemos el miedo.

A medida que vayamos creciendo en amor de Dios, no sólo irá disminuyendo nuestro miedo a la muerte, sino que lo convertiremos en instrumento de amor. No olvidemos que por el pecado vino la muerte al mundo; por lo tanto, si ofrecemos nuestro miedo a la muerte como expiación por nuestros pecados, y por todos los pecados del mundo, estamos haciendo de ese miedo un uso magnífico.

Cuando nos angustie la idea de la muerte, podemos unirnos a Jesús en el Huerto de los Olivos, quien, sudando sangre, ofreció su vida al Padre en expiación por nuestros pecados. Lo hizo, entre otras cosas, para que tu muerte y la mía pudieran ser victoriosas. Podemos decirle: «Cúmplase tu voluntad, Dios mío. Que mi muerte sea también instrumento para la salvación de muchos»... Con actos como éste, de aceptación y

ofrecimiento de tu propia muerte, irás venciendo poco a poco tu repugnancia y tu angustia. La Iglesia ha reconocido el valor de tales actos y ofrece, a quienes hayan rezado habitualmente durante su vida, una indulgencia plenaria en la hora de la muerte.

Siempre que hablo o escribo sobre la muerte, me acuerdo de los últimos momentos de la señora Lemay, una simpática anciana de sonrosadas mejillas y ojos profundamente azules, que había permanecido varios meses inválida y postrada en el lecho en casa de una hija suya. Había recibido varias veces los Santos Oleos y, cuando me avisaron para que le llevase al Santo Viático, me recibió con una inefable sonrisa, dirigida, más que a mí, a quien llevaba en mi pecho. Incorporada sobre un montón de almohadas, recibió a Jesús Sacramentado con gran devoción, respondiendo a mis oraciones. Cuando, al final, la bendije haciendo la señal de la Cruz con mi mano, cerró los ojos y se recogió en fervoroso silencio. Una vez que hube purificado el píxide, le pregunté, como hacía siempre, que tal se encontraba. Su hija y yo no nos dimos cuenta, hasta después de transcurridos unos instantes que ya no estaba con nosotros, que se nos había ido en completo silencio. Antes de morir, había abierto nuevamente los ojos, que estaban fijos todavía en el Crucifijo, donde le abría sus brazos el mismo Cristo que acababa de recibir hacía sólo un momento.

Creo que nada ilustra mejor que esta muerte de la señora Lemay la manera de morir de un cristiano. Porque su tránsito no es nada excepcional. No quiero decir, naturalmente, que todos los buenos cristianos mueran tan serena y apaciblemente, ni que tengan la suerte de fallecer nada más recibir la Sagrada Comunión. Lo que quiero decir es que en mis treinta y tres años de ministerio sacerdotal, nunca —repito: nunca— he visto

un solo buen católico con miedo a morir en el momento de su muerte. Algunos estaban inquietos antes de recibir la Extremaunción, pero se tranquilizaban en cuanto se les administraban los Santos Oleos. Realmente, es como un milagro ver la transformación que se opera en ellos.

Dios, para garantizar la supervivencia del género humano, nos ha otorgado un instinto de rechazo a la idea de la muerte y de miedo a los sufrimientos que la preceden. Sin embargo, suele, en su bondad, eliminar ese rechazo y ese miedo cuando llega realmente el momento, y, en cuanto a los sufrimientos previos, proporcionar un adecuado aumento de valor y resistencia. Tengo la impresión de que nuestro primer pensamiento, al traspasar los umbrales de la muerte, será éste: .Al fin y al cabo, no era para tanto...»

¿Cómo debe morir un cristiano?... Si lo somos, realmente, no sólo debemos morir, sino que de hecho moriremos haciendo un doble acto de fe y esperanza: fe en que la muerte no es más que la puerta que nos permite entrar en la verdadera vida, para la que hemos sido creados; esperanza en la infinita misericordia de Dios, que se contenta con tan poco...

La muerte será también, en sí misma, un acto de amor: una amorosa aceptación de los planes de Dios y de su divina voluntad. Pero no será nuestro último acto de amor. La fe y la esperanza, sí, terminarán con la muerte, pero el amor, un amor inefable que no somos capaces de imaginar, no habrá hecho más que empezar.